

CNT

742



19 DE JULIO

Lo que fué el MITIN de CLAUSURA del ULTIMO CONGRESO de la C.N.T.

ZARAGOZA ha sido testigo de la fuerza y del fervor revolucionario de las masas que componen la Confederación Nacional del Trabajo. En ella se dieron cita anteayer domingo las diversas tonalidades federalistas de nuestro vasto movimiento. Desde cuatro regiones acudieron los militantes: Aragón, Levante, Castilla y Cataluña. Un ideal y una emoción comunes fundían a todos los corazones. La inmensa magnitud del acto demuestra el interés vivísimo con que sigue nuestro Movimiento en todas partes las tareas del Segundo Congreso Extraordinario de la Confederación; y demuestra algo más importante también: la identificación de los trabajadores con las diversas resoluciones aprobadas.

El mitin del domingo, que llenó Zaragoza de camaradas de cuatro regiones tiene el valor de una manifestación plebiscitaria de los acuerdos, tanto más importantes como espontáneos. El Congreso resume y expresa las aspiraciones de los trabajadores organizados en la C.N.T. El mitin ha sido, por consecuencia, el coronamiento magnífico de sus tareas, su reflejo vital en el orden popular.

LLEGADA DE LOS PRIMEROS AUTOCARS

Noche del sábado en Zaragoza. Rumoreo lejano que se acerca. Vitores y aplausos. Tres autocars desembocan en la Plaza de la Constitución. Son de Tarrasa, la localidad que siguió a Figols en la trayectoria del Comunismo Libertario. Después de sofocada la rebelión de Figols, el gobierno ordenó las deportaciones. La C.N.T. contesta con la huelga general, y los compañeros de Tarrasa, caudal de juventud dinámica, ampliando los moldes reducidos de la huelga platónica, proceden a la subversión violenta. Toman el Ayuntamiento y resisten las embestidas de la guardia civil. Es un gesto rápido que corta la llegada de las tropas. Aquella juventud se curtió en la cárcel, y con su libertad el movimiento manumisor recobró unos adalides nobles y decididos.

A ellos les cabe el honor de ser la segunda expedición que llegó a Zaragoza, al mitin nacional. Porque la primera la formaron los autobuses de Madrid. Con pequeños intervalos fueron llegando nuevos autocars. Venían de todas partes. De Levante, de Cataluña, de Castilla. Los autobuses de Madrid dan la mayor nota de colorido y de emoción. Avanzan con grandes banderas rojinegras. Sus ocupantes enronquecen dando vivas a la C.N.T. y a la Anarquía.

La Zaragoza oficial y anticongresual contempla con estupor el espectáculo inusitado. Desde la escalinata de la Diputación Provincial grupos de guardias de Asalto observan la evolución de los autocars en la Plaza, la formación de grupos, cada vez más nutridos, que se van alejando más tarde, haciendo flamear las banderas de la revolución. La mayoría de los que han llegado por la noche no encuentran alojamiento y tienen que esperar la llegada del nuevo día en los locales de los sindicatos, que han sido abiertos para albergar a los entusiastas militantes de la C.N.T.

EL DOMINGO POR LA MAÑANA EN LA ESTACION

Zaragoza se llena de rumores. Con las primeras luces del alba coincide la llegada de los primeros trenes formados en Madrid y Barcelona. La ciudad es toda ella sacudida por los vivas a la C.N.T. y envuelta en los cánticos revolucionarios de los grupos que empiezan a desfilar. En la estación, a las cinco de la mañana, empiezan a llegar camaradas que quieren recibir a los expedicionarios que vienen de tan lejos al mitin nacional. Pronto los andenes se ven completamente cubiertos de una multitud espesa e impaciente. Una noticia dolorosa llega a los que aguardan. En el tren delantero que viene de Barcelona, un compañero ha sufrido un accidente y el convoy se ha detenido en una estación cercana para que sea asistido.

Las manecillas de los relojes siguen avanzando con parsimonia y ajenas a todas las impaciencias. Por fin el silbido de una locomotora, y el monstruo de acero que se precipita en la estación arrastrando unas doce unidades. En las ventanillas y en los estribos se agitan las

manos que saludan. Una sacudida de entusiasmo circula entre los que llegan y los que aguardan. Gritos, vitores, abrazos, fraternidad y emoción. El optimismo rebosa en los corazones. Sin dar tiempo a mayores expansiones se anuncia el tren de Madrid.

Avanza jadeante la locomotora. Racimos de seres humanos han buscado acomodo en los techos cuando ya no han cabido en los vagones. Así han realizado un viaje de más de trescientos kilómetros, con grave riesgo para sus vidas. Hace falta estar poseídos de ese entusiasmo generoso, propio de la juventud que se entrega con fervor al servicio de las grandes causas. Los que vienen en los techos de los vagones son todos jóvenes, una parte de esa juventud dinámica que es la esperanza de España.

Un grito estremecedor: «¡C.N.T.-F.A.I.!» «¡C.N.T.-F.A.I.!» y también el grito de guerra que sacudió los montes y valles de Asturias: «¡U.H.P.!» Aumenta la tensión del entusiasmo. Aun no ha parado el convoy y ya los jóvenes madrileños se descuelgan ágiles sobre los andenes.

A las siete llega el segundo tren de Barcelona. Diez minutos más tarde hacia su entrada en la estación el segundo convoy de Madrid. La locomotora estaba cubierta por un enorme lienzo blanco en el que destacaba con grandes caracteres: «Campo Libre». Es un saludo del periódico anarquista madrileño a los campesinos de toda España.

A las siete y media llega el tercer tren de Barcelona con letreros en los flancos, del Sindicato de San Feliu de Llobregat. Con pequeños intervalos van llegando nuevos convoyes, todos repletos de trabajadores. Abundan los carteles con leyendas alusivas. Destaca el rojo y el negro sobre todos los colores. ¿Fara qué narrar las escenas desarrolladas a la llegada de los trenes? Los que hayan vivido este momento no lo podrán olvidar. Son los compañeros los que hablan, y nosotros nos confesamos impotentes para traducir su lenguaje.

LA CIUDAD INUNDADA POR LOS TRABAJADORES DE OTRAS REGIONES

Ya lo hemos dicho. Los trenes se van vaciando. Desde la madrugada hasta momentos antes de comenzar el acto, las calles que conducen de la estación a la Plaza de la Cons-

titución y a la Plaza de Toros se ven totalmente cubiertas de trabajadores. Además de los trenes han estado llegando autocars y camiones, también desde el amanecer. La gente viaja como puede. El ardor es indescriptible. El Paseo de Pamplona semeja un río de caudal permanente. Más de dos horas desfilando trabajadores sin parar. En este paseo la riada humana se bifurca. Unos enfilan por Soberanía Nacional y otros toman en dirección de Paseo de Independencia. Los grupos no acaban de pasar. El entusiasmo se posesiona de nosotros ante un espectáculo impresionante. Nos mezclamos con los grupos, avanzamos entre ellos, retrocedemos para presenciar a los que siguen llegando y poder estrechar la mano de camaradas a quienes conocemos.

Los temperamentos aparecen nitidamente reflejados en este desfile incesante de cerca de tres horas. Los grupos que bajan de los trenes de Cataluña atraviesan la ciudad con tranquilidad, profiriendo de tanto en tanto vivas a la C.N.T. cuando se cruzan con otros o los saludan los trabajadores de Zaragoza.

Vienen con sus paquecillos dispuestos de comida en previsión de no encontrar alojamiento. La nota de fervor inusitado, que conmueve toda la ciudad, la dan las juventudes y los trabajadores de Madrid. Entran en los andenes entre vivas y cantos. Hacen esfuerzo por superar el contento que vibra en sus gargantas. Desfilan por las calles enarbolando al viento las banderas rojinegras de la revolución. Todo el trayecto se cubre de pancartas y estandartes flameantes. La roja enseña de los oprimidos; hijos del pueblo, se alza robusta envolviendo la ciudad en una oleada de esperanza emancipadora.

Jornada triunfal de la C.N.T. Jornada de gloria que corona de la manera más digna y elocuente el segundo e histórico Congreso de la Confederación. Multitudes enardecidas cuya presencia refrenda los acuerdos adoptados. Principio de una nueva etapa de actuaciones fecundas. En el mitin del domingo, cuya concurrencia no podemos calcular, la C.N.T. se presentó unificada ante la opinión de España, y se presentó también dispuesta a concertar la alianza revolucionaria que posibilite el triunfo definitivo del proletariado, diciendo a todos: «Ved, ésta es nuestra fuerza».

(Reproducido de Solidaridad Obrera de la época.)

EL IMPACTO DE LA REVOLUCION ESPAÑOLA EN LA LITERATURA MUNDIAL

LA guerra civil española tuvo consecuencias morales de incalculable repercusión en todo el mundo. Su trágico desenlace no bastó para apagar el fervor y la adhesión que concitara como primer ejemplo de lucha popular contra el fascismo, la primera gran respuesta, en realidad, al matonismo instituido como método político por Hitler y Mussolini.

En el suelo español se dieron cita miles de hombres de todos los continentes — los más jóvenes y entusiastas — y entre ellos estaban algunos de los que después iban a dominar el panorama literario mundial. Algunas de las obras de esos autores jóvenes recorrieron después el mundo y serían leídas por miles y miles de personas. Pero en otros el impacto de nuestra revolución operó no solamente como inspiración literaria sino como factor decisivo de su evolución espiritual. Ha señalado un crítico que Hemingway sólo después de la guerra de España le confiere a su obra una dimensión más humana y una más vital preocupación por el destino del hombre. En otros esa preocupación iba a ser constante, como en el caso de Orwell.

Entre las obras más populares directamente inspiradas en la guerra civil española están «L'Espoir», «Los niños de Guernica», de Kesten. «Por quién doblan las campanas?», de Hemingway; «Homenaje a Cataluña», de Orwell; «Los grandes cementerios bajo la luna», de Bernanos. Pero referencias a tan tremendo conflicto pueden rastrearse en las obras de los más importantes escritores de casi todos los países: el holandés Jeff Last; los norteamericanos Dos Passos, Mailer, Tennessee Williams, Trilling, Flavin; el suizo Max Frisch; los ingleses Auden, Spender, Comfort, Read; el sueco Dagerman; los franceses Camus, Malraux, Sartre...

En América Latina todavía no ha podido cicatrizar la inmensa herida abierta por nuestra revolución en el espíritu de sus más destacados intelectuales, principalmente entre los jóvenes, aquellos no comprometidos con los tiranuelos domésticos. La presencia constante de los escritores españoles exiliados ha mantenido vivo el repudio general contra los asesinos de García Lorca.

Los nuevos escritores españoles están, por su parte, hostigados por el recuerdo del drama que vivieron de niños o de adolescentes, pero que los marcó para siempre. Y esa trama es verificable en la temática de la mayoría de ellos. Algunos, desde el exilio — Manuel Lamana —, y otros desde el mismo corazón de España, Juan y Luis Goytisolo, Castillo Puche, Fernández Santos, Ana María Matute, Suárez Carreño...

Si entre ellos y los exiliados no existe la misma interpretación de los hechos hay que anotar a favor de los más jóvenes el evidente propósito de superar el odio y el afán de revancha sin declararse del lado de los vencedores. Pero su angustia parece legítima y en ellos la guerra civil — acontecimiento a distancia — no está menos presente. No con el sentido heroico y quiéscico que tuvo para los que participaron en ella viniendo de los más variados rincones del mundo, eso está claro, porque la realidad es diferente y lo que tienen delante es un país que necesita extraer de la más terrible necesidad las fuerzas para seguir adelante. Pero a veinte años de la «victoria» el fracaso del franquismo es más evidente que nunca y ello es también comprobable por el dolorido testimonio de los escritores jóvenes de España y por el repudio, que no cesa, de los más grandes artistas del mundo.

BENITO MILLA

"NO ANALICES, MUCHACHO..."

DECIA el poeta. Y en efecto, nada puede definirse con rigurosa exactitud. En todo acto humano hay una tal cantidad de causas y concausas, unas centrifugas y otras centripetas, que lo inequívoco debe descartarse. Todo texto, por muy concreto que aparezca, siempre se halla enmarcado por un contexto más difuso y complejo. Lo que dice Descartes, Cervantes o Diderot, por ejemplo, sólo puede interpretarse con alguna fidelidad, no perdiendo de vista su íntegra historicidad; es decir, que sin tener una clara noción de su época, marcada entre otras deficiencias, por una ciencia embrionaria, un mecanicismo influyente, un hambre secular determinante y una escolástica muy susceptible que un tronado Santo Oficio transformara en fortaleza inexpugnable, el error es entonces incuestionable.

En ciertas épocas la herejía aparece como compostura de snob; en otras es una condición heroica que os coloca en posición de mártir. Todo lo expuesto justifica esa abrumadora proliferación de exégesis, y demuestra la imposible definición definitiva.

Si en un hecho tan prosaico, por no decir banal, como es plantar un árbol — ¿quién comerá su fruto, gozará su sombra, disfrutará de su fragancia y más tarde combustible? — hay tantas incógnitas y trascendencia ¿cómo no las habría en uno de esos otros hechos que, cual el 19 de Julio, son considerados como verdaderos jalones históricos? Y en ese caso quien dice trascendencia dice

romper moldes sociales, rebasar fronteras de toda índole, imponer nuevas temáticas, insinuar nuevos estilos, marcar generaciones, desbordar el practicismo y utilitarismo presentista, desviar el curso aparentemente lógico de la Historia, ¿qué sé yo cuántas cosas más?

El 19 de Julio, su significación al menos, no es del dominio del pasado, se conjuga en el presente, como ese rayo estelar que vemos y que procede de un astro consumido.

Sin embargo, ante tanta inmensidad e imprecisión, lo menos arriesgado quizás sea, en vez de analizarla, cantarla o llevarla, una gesta de tal envergadura. Así debió

gía, menos poética, dice de la viscera cordial otra cosa. Mas lo incuestionable es que tales razones existen; pueden proceder del estómago o del recto, de las glándulas o del sexo, de la epidermis o de la médula, poco importa, pueden proceder inclusive de los pies — a un pacifista le pisaron el callo y... arruinaron prácticamente en un segundo, toda la teoría que la mente bordara lentamente en el curso de su existencia.

Por eso el hombre, para racionalizar el caos en donde el absurdo reina como soberano absoluto, se ve obligado a adoptar una actitud sistemática, hermética; hasta que la realidad proteica, saliendo por sus

Por Plácido BRAVO

fueros, lo ridiculiza con su naturalidad profundamente sofisticada.

Se me dirá que queda en pie la verdad objetiva a fuer de fidelidad instantánea. ¿La que capta la cámara fotográfica? Pasemos por alto aquello tan profundo de nuestro Machado:

«El ojo que ves no es ojo porque tú lo ves; es ojo porque te ve.»

Para mí, esa verdad objetiva e instantánea es la más detestable. Ni el tiempo ni el hombre se detienen, así, en seco, un sólo instante. La verdad que concierne a los hombres no fué nunca fija, inmóvil, estática. En todo caso yo prefiero las que saben captar y plasmar Goya, el Greco, da Vinci, etc., para circunscribirlos a lo plástico. Son las verdades que resumen todo un tratado de psicología, son un compendio de una época y una síntesis de su filosofía; son las que rebasan los rasgos delineados por la carne, se rien del realismo rebajado al rango de objeto, se burlan de la jerarquía, majestad y demás rangos ficticios; son las verdades que se adentran, perforan y sacan a chorros esas realidades que, por encima de lo uniforme e inequívoco, reclaman un esfuerzo interpretativo del que las mira admirado al fin.

A nadie le han de estar vedadas las ensañaciones, las profundas elucubraciones o las especulaciones de altura. Pero no confundamos nunca la hipótesis con la realidad, ni nuestros deseos con la realidad, aunque éstos, en sí, sean una porción nada menoscupable de un todo real.

Newton, enamorado de un rigoris-

mo científico, decía: «Yo no hago hipótesis, me contento con observar los hechos, sus fenómenos y descubrir sus leyes».

Einstein, al revés, decía que en él la hipótesis era un principio riguroso, un preliminar, y que, tras las correcciones que la experimentación se encargaba de infundirle, algunas de ellas le habían llevado a rectificar leyes al parecer inamovibles. Y entre ellas, paradójico, las del mismo Newton.

Igual puede caerse en un error — suponiendo que el error sea una caída — cifándose a un pragmatismo miope que encandilándose con ideales más o menos utópicos. Lo importante no es el equívoco que por doquier acecha; el error no debe asustarnos, debe al contrario asustarnos el miedo al fracaso por lo paralizante, y pánico debiera darnos esa búsqueda rabiosa del éxito intrascendente que, junto con ese criterio de la neutralidad, desbordando lo puramente económico, va conduciendo la sociedad al más catastrófico de los caos.

Debe asustarnos esa demagogia tendiente a camuflar el error propio. ¿Que ya se encargará el enemigo de propagar nuestros fallos? De acuerdo. Pero cuando el adversario le denuncie será para explotarlos, mientras nosotros tenemos el deber de no esconderlos ni esconderlos si queremos corregirlos y superarlos. De ahí procede lo que en psicoanálisis se viene en llamar complejos y frustraciones, patología pura.

¿Quiere decir lo dicho que hubo errores en la gesta juliana? Para mí los hubo de tacto y de táctica, de principio y de bulto. Enumerarlos y analizarlos desborda las características de este trabajo. Sin embargo lo peor que puede ocurrirnos es que por pereza mental o eficiencia de baratijo transformemos lo accidental en permanente, descarguemos nuestra responsabilidad sobre el lomo de un determinismo tan amplio como puede serlo nuestra debilidad, malgastemos la llama de nuestra fe cencienta en mortificaciones propias de un masoquismo aberrativo, que es en definitiva lo que sucede cuando una derrota de mediano alcance quisiere transformarse en victoria imperecedera.

Hay que combatir el dogma asome por donde asome, y el científico

(Pasa a la página 3)

JORNADA DEL 19 DE JULIO

La Comisión de Relaciones del Alto Garona comunica a todos los Núcleos y Federaciones Locales que este año, como en los anteriores, tendrá lugar en Toulouse, en el Palais des Sports, la conmemoración del XXIII Aniversario de la revolución española. Por la mañana tendrá lugar un gran mitin en el que participarán:

José PEIRATS, por el Alto Garona
Rogue SANTAMARIA (por el S. I.)
Un compañero, por la C.N.T. francesa.

Germinal ESGLEAS, por la A.I.T.

Presidirá la Comisión de Relaciones del Alto Garona.

Como de costumbre, por la tarde se celebrará un selecto festival de variedades y estampas españolas.

Esperamos que como todos los años el Palacio de los Deportes de Toulouse será el lugar de concentración de la familia libertaria y confederal del Mediodía de Francia.

LA COMISION DE RELACIONES

LA REVOLUCION IBERICA Y LA LIBERTAD EN EL MUNDO

Ciclo histórico de 500 años.

Casi cinco siglos ha que España se encuentra en Europa como nación, ocupando un lugar geográfico y esforzándose por desempeñar la función espiritual a que su ascendente histórico le empuja. Sea por el apasionamiento con que emprende sus actos o por la lógica de su razón, lo cierto es que los acontecimientos que tuvieron por escenario el suelo ibérico desde 1936 hasta 1939, no podían escapar a la regla ya que, por la magnitud del conflicto, allí se jugó también el destino del mundo.

Fueron tres años de golpes al vientre del barbarismo europeo, que ni Europa ni los europeos de los más ignorantes a los más encopetados, supieron medir. No contaron con los elementos que estaban explotando al mil por ciento los jerarcas italoalemán. No contaron con el Boreas que haría astillar hasta las jarcias más sólidas de su régimen. Cuando estalló el movimiento, triunfante el pueblo en las regiones de Asturias, Santander, Euzcadi y parte de León; quedando todo el Centro, Cataluña, Valencia y Andalucía en armas, los héroes de la cruzada sólo tenían un camino decente: perforarse las sienas. Pero todo estaba en los elementos. Y para hervir en aquella caldera la conciencia ibérica que después de 500 años de cultivo mirando y estudiando todos los confines de la tierra quería ensanchar su mundo espiritual, fué preciso crear el fatídico Comité de No Intervención, constituido por miembros de los gobiernos inglés, ruso, alemán, francés e italiano. En mesa redonda los cinco integrantes del Comité despellejaron y se comieron la nación. Cuando no quedaba ya nada para devorar, a todo escape, se declararon la segunda guerra grande para comerse a sí mismos.

No se ha querido la revolución y ocurrió el desastre.

En quel entonces, todavía los hombres y los gobiernos ofrecían alguna fé de responsabilidad. Existía un vestigio de pudor para con la dignidad humana. Las naciones europeas entonces regidas por equipos de asalto del más variado origen, debatían entre el miedo a la guerra por parte del bloque italoalemán y la revolución que tenía su epicentro en España. Dejando de lado al ruso que no ha tenido en el conflicto otra intervención que vender a los milicianos, a cambio de 500 toneladas de oro, unas carabinas que tenía como chatarra de la guerra rusojaponesa.

Hitler y Mussolini gobernaban la política europea, consiguiendo imponer silencio de muerte al poderoso Kremlin y a todos sus zares del comunismo.

Los gobiernos democráticos, en 1936 estaban ensayando un juego malabar de convivencia con el enemigo común, como lo eran el nazifascismo. Jamás en la historia se escucharon tantos insultos públicos en cadena contra la democracia y la libertad, el sufrimiento universal, la fraternidad, la convivencia entre los pueblos. Pero y no obstante que en Alemania se mataban judíos en la plaza pública, se robaba a los arios con patente y despallajaba o transportaba al otro mundo a los que no comulgaban con el régimen, existía un frente de unión que servía de equilibrio a esa política. Era el trampolín del comunismo que por igual, alemanes, ingleses, franceses e italianos combatían cuando les convenía y adulaban en turno cuando llenaba sus gustos. El temor a ese comunismo de baratija les asoció en el Comité de No Intervención, porque los señores rusos, alemanes, franceses e italianos se han formulado esta consulta: El pueblo ibérico ofrece una razón indiscutida. Como integrante de Europa y en el concierto de la Sociedad de las Naciones, el asalto de tropas italoalemanas equivale a una declaración de guerra que pone en armas al continente. Los italoalemanes, responden: Este es un pacto de caballeros. Nosotros estamos defendiendo la causa de Europa que ustedes olvidan. ¿Conocen acaso la historia de España? El triunfo del pueblo ibérico contamina a todas las naciones europeas. Esta es una revolución, no militar ni aclesiástica. Aquí no ha tomado parte el capitalismo, sino el pueblo entero, que va más allá del militarismo, del ideal de la Iglesia y de los intereses del capitalismo. Aquí está en juego la existencia de los regímenes hegemónicos de cada uno de los gobiernos de Europa. ¡Este es el juego, señores!

Cuán caro se paga el error.

Ese ciego proceder, sin adivinar los elementos, arrojó al señor Chamberlain ante el poderoso Hitler y arrastró por la Unter den Linden todos los honores y blasones que Inglaterra y sus colonias ganaron desde el contrato de la reina Victoria con Nelson, con Drake y otros grandes caballeros del oficio. Esa política de muerte, fué la que hizo llorar a León Blum, socialista francés en un tiempo y a la sazón Presidente del Consejo de Ministros de Francia. Presionado por Inglaterra, atomizado por Hitler quien prometió quemarle en pu-

blico por judío; bombardeado por Mussolini, su antiguo compañero de política socialista que le recordaba con canciones de ópera antigua lo que hubiera ocurrido en Europa en 1921 cuando el asalto de los obreros a las fábricas en Turin y que originó la marcha de los camisas negras sobre Roma, el débil estadista francés y el pobre hombre inglés que la causa ibérica tenía como amigos, entregaron sus destinos en brazos de la dictadura que desde 1939 denigra la conciencia universal y que desde hace 23 años enarbola el estandarte de la cruz gamada en Europa, salvada de las horcas de Nuremberg.

Y los bárbaros iberos del otro lado del Pirineo se las compusieron como han podido. Durante tres años quemaron su sangre para convertirla en pólvora. Arriaron el pendón de la última trincherera y desde suelo ibérico pasaron a defender los ideales de la auténtica democracia en una carrera que parte desde los arenales del Sahara hasta su encuentro con el ejército grande de Montgomery y desde allí, la resistencia en el maquis, a la conquista de París, como primeros expedicionarios.

Por los caminos de la historia.

La sangre de un millón de españoles ofrecida para aquella contienda, fué la más harata que gobierno alguno de Europa haya pagado jamás en nuestros tiempos. Su contribución de sacrificios a la causa de la libertad la sitúa como la campeona entre los campeones. El monumento a la gloria de sus mártires fué levantado con dólares americanos en El Valle de los Caídos, osario que para insulto de Europa el verdugo mandó construir. A la distancia de 23 años, gracias a la augusta bondad del señor Stalin y al desprendimiento de mano abierta por parte de nuestros amigos los norteamericanos, campeones de la democracia, España cuenta con muy buenas armas para reprimir el menor amago de descontento y muy refinados medios de tortura, muy adecuados campos de concentración y cárceles y mazmorras medioevales para alojar a los descontentos que puedan alterar el desequilibrio político europeo que, frente a Moscú, dirige Washington.

No hay parangón posible. Se descarta todo trato con el comunismo ruso, cuya dictadura de hierro aplica el franquismo. Tan aborrecible es uno como otro régimen. Esperamos que las generaciones futuras apliquen a la actual política norteamericana por su ayuda al partido más perfecto de Hitler y Mussolini el sustantivo adecuado. El movimiento revolucionario ibérico puso voluntariamente su contribución de sacrificios en la balanza de la lucha por la libertad de todos los seres de la tierra. A esos principios es consecuente desde hace más de dos siglos con ideales perfectamente definidos. Si los amigos se precian de tales, son ellos quienes deben acomodar su conducta al respectivo estado de conciencia.

Se ha temido a la revolución que el sindicalismo italiano quiso llevar a la práctica en 1921 al adueñarse de las fábricas, enseñando a sus dueños que la injusticia distributiva de bienes y cosas tenía que experimentar una equidad en relación con los momentos del progreso, e Italia debió soportar la más negra de las humillaciones en su espíritu de libertad con un régimen fascista durante más de 20 años. Sus hombres libres deambularon por todo el mundo, en condiciones penosas, donde muchos de ellos perecieron y fué preciso una guerra de cinco años que envolvió a casi todas las naciones civilizadas para poner de patas arriba al dictador.

No se quiso aceptar como legítima en 1936 la revolución ibérica, y después de Madrid y de Guernika, Londres — donde el Comité de Intervención tuvo su asiento — fué saltado con pedazos por las bombas de Hitler. Y a Londres le siguieron Coventry, y todas las otras ciudades de blanca ternura creadas por el corazón inglés. Se saludó a los verdugos de Europa, haciendo reventar por comprensión lo que desde 1936 los españoles tenían como modelo de iniciativas para el porvenir de la paz en el mundo, y a la vuelta de la esquina las hordas teutónicas por mandato de Hitler, se adueñaron de media Francia. Y pasearon sus hérraduras sobre las alfombras francesas, sintiéndose como amos y señores de vidas y haciendas.

Y no se quiso la revolución que en Europa había puesto en la calle el pueblo español y ha tenido que declararse una guerra en la que, durante los cinco años de duración, se han quemado cifras astronómicas de vidas, bienes de fortuna, etc... Se dividió el mundo en sectores con una línea recta de extremo a extremo, trazada por la fuerza y por la fuerza mantenida.

Invitamos a las nuevas generaciones al estudio de este proceso en simple procura de una luz mejor para la justicia a que es acreedor aquel movimiento de legítimo ascendente de libertad que en 1936 el pueblo ibérico echó a rodar por el ancho mundo.

Campio Carpio

"NO ANALICES, MUCHACHO"

(Véase de la página 2)

fista entre otros por no ser de gran actualidad, aunque no sea más que para colocar en su lugar a la ciencia. Más allá de la ciencia pura y de la aplicación técnica está el hombre complejo, con su ilusión de libertad, con su tormento ético-filosófico, y con sus esfuerzos volitivos y todo lo que le hace digno, elevándolo por encima de un destino fatalista. Y no olvidemos que todos esos descubrimientos y aplicaciones es ese hombre complejo el encargado de darles una finalidad y un

significado humanista. Y no sólo a los descubrimientos atómicos, a los conocimientos psicológicos, y a las virtualidades biológicas, sino también y ante todo a las posibilidades que abre una Revolución en el vasto campo social. Si no, y ya se vio recientemente, se ve en la actualidad, asistiremos en nombre de principios antropológicos al más vasto de los genocidios, y por medio de los conocimientos psicológicos, al concienzudo embrutecimiento de vastas multitudes.

Plácido BRAVO

Impresiones de un Miliciano

Formamos columna de camiones repletos de jóvenes libertarios. Rugen los motores por el camino fangoso. Somos fuerzas de refresco para el combate de Belchite. Constantemente se nos cruzan ambulancias y otros vehículos con heridos. Se oye el estallido de los obuses y el traqueteo de las ametralladoras. Cantamos himnos revolucionarios. ¿Regresaremos algunos del frente? La lluvia nos tiene calados hasta los huesos.

El comandante está de pie sobre una roca, frente a Almodévar, pueblo de los Ascaos. Las balas le siluean. «¡Adelante, sin miedo!», grita constantemente. Visando por algún resquicio disparamos o arrojamos bombas. Por fin tenemos que retirarnos. El enemigo es imbatible. Nos supera abrumadoramente en tanques, morteros y cañones. Su posición, además, es inexpugnable.

Un enlace remite la orden de retirada. Vacila el comandante un instante y al fin se decide. Nos re-

tiramos. La caballería mora nos persigue. Nos devora la sed, que saciamos al fin en un charco de agua turbia, pisoteada. Llegamos a nuestras posiciones. A un coronel traidor debemos aquel desastre. Lo están fusilando en la plaza de Tardienta.

Los tanques de Durruti, avanzando, envuelven la Casa Roja, al final de la Casa de Campo. Estamos en el frente de Madrid. Son las once de una mañana de invierno. Sus milicianos dominan unas posiciones moras. Durruti está satisfecho. Pocos días más tarde nos lo matan. ¿Albur de la lucha? ¿Traición? Nunca sabremos esto.

He sido herido y operado sin anestesia, en el Hospital General de Barcelona por el Dr. Bosch. El casco de metralla incrustado en mi pelvis no ha podido ser extraído. (Se desprendió por sí solo después. El doctor me había pronosticado sólo seis meses de vida.)

MITIN EN GRENOBLE

El 26 de julio se celebrará en Grenoble un GRAN MITIN en conmemoración del 19 de Julio. Tomarán parte en el mismo los siguientes oradores.

VICENTE SOLER
Por las Juventudes Libertarias

RAYMOND FAUCHOIS
Por la C.N.T. francesa

FABIAN MORO
Por la C.N.T. de España en el Exilio

Presidirá un miembro de la Comisión de Relaciones de Savoie-Isère. Oportunamente se indicará el lugar del acto.

Por la tarde, gran festival de Variedades en el que tomará parte el Grupo Artístico de Venissieux. ¡Audid todos a ambas manifestaciones libertarias

Llega mi hermano Manolo con permiso del frente. Me cuenta hazañas fantásticas de nuestro grupo: Raúl Carballeira. Germinal Gracia, Liberto Sarrau, etc. «Y tú, cuánto tiempo pensaras estar ahí tumbado? ¡Vamos, levántate y anda!»

He escrito algo durante mi convalescencia y resolvemos llevarlo a «La Revista Blanca». Hacemos al objeto una escapada de noche. «No está mal...», nos dice Urales. «Dejadlo aquí; ya lo estudiaremos...», agrega Soledad Gustavo.

Diego Ruiz pasea mientras dicta. Es un sesentón bien conservado. Su joven y bella compañera le acompaña siempre. Hago de pequeño secretario del sabio, quien dará una conferencia a las Juventudes Libertarias dentro de unos instantes. Quiere que yo le presente. «¿Yo? Pero si jamás ocupé la tribuna...» «Dí lo que se te venga en mente». Terminado el dictado siento miedo y escape. Supe después que se había presentado solo.

Al llegar a la Casa C.N.T.-F.A.I. tropiezo en la puerta con Armando del Moral que viene de la redacción de «Rutas». Conversamos un instante sobre la Alianza Juvenil Libertaria y sus problemas. Manuel Buenacasa se dirige en estos momentos a su cátedra de oratoria y periodismo. Al pasar nos saluda.

De pronto se anuncia la llegada de alguien. Este hombre no conoce a nadie. Trae guardaespaldas armados de pistolas automáticas. Le custodian con cara de pocos amigos. El jefeazo confederal nos mira eufórico. Tiene pinta de amo nuevo.

COSME PAULES

tuían el cogollo de la cultura y la evolución social del país, todas las banderas se federaron en un solo grito victorioso: ¡Viva la Revolución! ¡Abajo el fascismo! Como por encanto desaparecieron las querellas comarcas, las agrestes pasioncillas, los dimes y diretes, las pretensiones farrucas, y «el yo soy más que tú». Sin que nadie adjurara de sus ideales y finalidades se hizo un frente común de corazones que tenía como divisa: 1) la defensa natural frente a la agresión fascista; 2) la proyección de una España nueva en el plano social, cultural y político más avanzado.

Justo es decir que aquel frente fué hijo legítimo del instinto popular; un instinto que venía de lejos, quizás de ese admirable mundo biológico que sirvió a Kropotkin para asentar científicamente su famosa teoría sobre el «apoyo mutuo» y la supervivencia de las especies mejor dotadas socialmente. Cuando el instinto y la razón se unen alumbran los mejores triunfos en la escala de la vida universal. Nacionalmente estos fueron, también, los dos elementos que propiciaron la unidad moral del pueblo en las épicas jornadas de Julio del 36. Pero esta unidad moral fué pareja al ejemplo dado por los hombres y las ideas que más destacaban: El Movimiento Libertario. Los milicianos del anarcosindicalismo se batían codo a codo con los milicianos de todas las tendencias. Desde los uetistas de Largo Caballero a los autonomistas de Aguirre y de Companys. Aun a trueque de comprometer lo más preciado de su bagaje filosófico, los libertarios pusieron toda la carne en el asador de la contienda. Su altruismo no por mal compensado deja de tener una singular importancia para las luchas ulteriores del proletariado. Ahora mismo conviene resaltar estos hechos cara al lamentable espectáculo que ofrece el movimiento obrero internacional, fraccionado virulentamente entre bolcheviques, socialistas, sindicalistas y neocristianos. Para el anarquismo militante la unión de la clase obrera se labra en el surco abierto de la acción conjunta diaria, directa y diversa frente a toda clase de poderes tiránicos. La olvidada divisa de la Primera Internacional («Proletarios de todos los países, uníos») sigue siendo la suya. Y en lo tocante a España esta divisa se traduce en el deseo de propiciar una entente sincera y enérgica de todos los antifascistas empuñados en derribar por las buenas y por las malas la abominable dictadura de Franco. Como el 19 de Julio.

Pero como aquel día glorioso la Confederación Nacional del Trabajo tiene que ser la primera en dar ejemplo de consistencia, clarividencia y armonía, integrándose en sí misma, y ofreciendo a los demás los probables caminos de la victoria. El Congreso de Zaragoza soldó la unidad confederal, predisponiendo a la clase trabajadora y al pueblo español todo a las memorables jornadas de Cataluña, Centro, Levante, Andalucía y Norte de España. Veinte y tres años después el fascismo sigue en pie. Aunque pisando sobre cieno y maderos podridos el régimen castrenseocrático (hijo de la otra Europa) se muestra aún orgulloso, intransigente, despótico y sanguinario. Quizás lo que más le aguante es el lirismo de sus enemigos, la medrosidad, y sobre todo la distancia moral en que se hallan entre sí, la desunión que los desalienta y reduce. A veces ocurre que inocentemente, abrimos al adversario nuestra propia alacena.

Cuando al cabo de los años contemplamos el árbol de la emigración política roído por los inviernos y las hormigas, goblemos nuestro espinazo, compañeros, y arañemos la tierra con afán. Entre hojas secas y estériles, aparecerá, sin duda, una raíz robusta, caliente, sana, que es capaz, si se cuida con esmero, de dar fronda y fruto a la ibérica casa solariega. Es la raíz de la UNIDAD MORAL que dió al pueblo el triunfo efímero del 19 de Julio. Es la inextinguible raíz cenetista que puede dar a los trabajadores las victorias duraderas de mañana.

Conrado LIZCANO

Journal imprimé sur les presses de la SOCIÉTÉ GÉNÉRALE D'IMPRESSION (Coopérative Ouvrière de Production) Ateliers : 61, rue des Amidonniers Téléphone : CAPITOLE 89-73 T O U L O U S E

Gérant : Etienne Guillemau

HOMBRES Y HECHOS

LOS QUE PREPARARON LA REVOLUCION

DURANTE veinte años sucesivos, o por lo menos desde que la liberación de Francia permitió que nuestra Prensa dedicase a esa fecha números extraordinarios, hemos venido glosando anualmente los acontecimientos de la Revolución española.

Fero creo que pocas veces nos hemos ocupado en comentar, en glosar, en exponer, lo que fué la obra larga y silenciosa de los que prepararon esta revolución.

Porque una revolución no se produce por generación espontánea; no surge de la nada; no es un hecho esporádico sin antecedentes históricos. Una revolución es un estallido de carácter popular en el que surgen y se manifiestan aspiraciones y necesidades despertadas por una toma de conciencia casi siempre conseguida al cabo de largos años de gestación. Así se produjo la revolución francesa; así recogió la Comuna de París el fermento del socialismo que había ya producido y preparado la revolución de 1848. Así se creó la mística popular que culminó en Rusia en la revolución de 1905. Así se incubó la revolución mexicana de 1910 y la segunda revolución rusa de 1917.

Y así se preparó el clima psicológico y social que permitió el 19 de julio en España y las realizaciones socialistas del pueblo español. Sin embargo hemos olvidado por completo a los hombres que fueron los artífices de esa toma de conciencia. Para todos la revolución española la simboliza la figura heroica de Durruti y de todos cuantos con él compartieron el combate por la libertad.

Quiero hoy yo subsanar este olvido reparar esta injusticia. Quiero hoy hablar de toda la legión de militantes anónimos o poco conocidos que localmente prepararon el ambiente, sembraron las ideas, dieron al pueblo la confianza en sí mismo que necesitaba para actuar.

Muchos de estos hombres que actuaron y se desolvieron dentro del marco de los pueblos donde habían nacido, donde crecieron, donde eran conocidos y amados, aunque ya viejos, pagaron con su vida la obra revolucionaria a que entregaron lo mejor de sí mismos. Recuerdo en este instante al viejo Narciso Poeymirán, de Pedralva; al viejo Sánchez Rosa, de Sevilla; al viejo Alfonso González, de Navalalmoral de la Mata, los tres muertos por el fascismo, consciente de que, al matarlos, destruía con ellos al mismo espíritu que había alentado al pueblo en su lucha y en sus ideales.

Y, remontándome en el tiempo, recuerdo a los que ya no vivían el 19 de julio de 1936, pero habían contribuido, con su labor de cada día, con su propaganda por el ejemplo, por la irradiación de sus existencias, de sus consejos, por la influencia moral ejercida en torno suyo, a crear la aureola de confianza y de entusiasmo que había hecho de la C.N.T. la más numerosa organización de trabajadores y del anarquismo, la ideología profesada por las élites españolas. Pienso, entre muchos más, en Aquilino Gómez, de Baracaldo; pienso en Cristóbal Grima, de Málaga; pienso en el Dr. García Viñas, de Melilla — superviviente de la Internacional y uno de sus fundadores —; pienso en López Montenegro; pienso en los dos Ollés, en los dos Torrents, en Cervera, en Boix, en Sebastián Suñé, en Masgomeri, en Sebastián Oliva. Y, sobre todo, en Anselmo Lorenzo y en Teresa Claramunt.

Fué Lorenzo el padre espiritual de la C.N.T., el que contribuyó a fundarla, creando en los trabajadores la convicción de que era estructurando su fuerza nacionalmente, haciendo una poderosa organización en la que se aguparan todos los trabajadores españoles, como mejor podría librarse batalla al capitalismo y al Estado. Y fué Teresa la mujer que más labor organizadora y proselitista hizo en España, por el don mágico de su palabra, por el prestigio fabuloso de su figura, que se iguala a las grandes revolucionarias rusas. Teresa, pasando la mitad de su existencia en la cárcel y la otra mitad por caminos y carreteras, sembrando a manos llenas las ideas entre los humildes, los iletrados, los más pobres y desvalidos; los campesinos, los mineros. Teresa, teniendo aún tiempo, en medio de esta vida de lucha y de sacrificio increíbles, de parir cinco hijos, de los cuales no le vivió ninguno; varios de ellos nacidos en la cárcel y muertos por falta del cuidado y la presencia de un hogar, de una familia. Teresa, que a nuestra causa lo ofreció todo y que hizo más, ella sola, por su influencia, por el respeto y la simpatía que inspiraba a propios y extraños,

Por Federica MONTSENY

que toda la obra de varios pensadores reunidos.

Fueron ellos, y muchos más, cuyo nombre no recogerá la historia, porque sólo fueron conocidos del reducido medio en que vivían, los que prepararon la conciencia del pueblo español para la revolución y sus realizaciones. Son ellos el tesoro de una organización y de un movimiento que si consiguió tanta influencia, tanta fuerza, tanto número, es gracias a la labor de cada día, de cada hora, de cada instante de estos hombres que en los lugares de trabajo, en la vida cotidiana, en su relación y contacto con los demás hombres, se hicieron querer y admirar de todos por sus conductas ejemplares, por su honradez acrisolada, por esa propaganda por la conducta que fué el lema y la norma de nuestros padres.

La Revolución fué posible, porque ellos habían existido, porque ellos habían hecho amar las ideas que la inspiraban por una gran masa de hombres que no eran anarquistas, pero que habían aprendido a conocer la anarquía a través de la gran nobleza, de la dignidad ejemplar de esos seres despojados de todo vicio, de toda pasión mezquina, que habían, ante todo y sobre todo, comenzado la obra de superación individual y social por ellos mismos.

Pienso en esos campesinos andaluces y valencianos a los que me fué dado conocer todavía y que pueden simbolizar aquel delegado de un pueblecillo andaluz que en el Congreso de la Comedia de Madrid, interrumpió a otro, cuya vida privada no era lo limpia que hubiera sido deseable, diciéndole una frase gráfica, que no puede definir mejor a su concepción inexorable de las ideas:

—¡Para hablar de anarquía hay que enjuagarse la boca, amigo!

Los que en 1936 hicimos la revolución en España, recogimos el fruto de esta larga, de esta heroica siembra. Porque toda esta labor no se hizo tampoco cómodamente. Estos hombres fueron muchas veces a la cárcel, fueron muchas veces desterrados, fueron muchas veces víctimas del pacto del hambre de la burguesía. Muchos tuvieron que vivir existencias difíciles, expatriarse muchas veces, sufrir muchas veces los furores del Estado y del Capitalismo. Pero a donde quiera que iban, iba con ellos la misma llama de fe, la misma voluntad de esfuerzo. Por donde quiera que las persecuciones les llevaban, realizaban ellos la misma obra de rebeldía y de creación de ideas. Todo eso recogimos nosotros y con todo eso pudimos hacer una revolución que no era más que la plasmación en hechos de la larga predicación de idealistas lúcidos y tenaces, de constructores silenciosos, de sembradores constantes.

No podemos disociar su nombre y su recuerdo de esa revolución que prepararon. No podemos olvidarles, ni a los que aún vivían y cayeron sacrificados por el fascismo, ni a los que ya habían muerto sin que les fuese dado contemplar y recoger el fruto de la labor de sus vidas.

No podemos separar sus nombres de un pasado que es nuestra gloria. Ellos fueron los pioneros; ellos fueron los desbrozadores; ellos fueron los que dieron a la C.N.T. y al anarquismo español su inmensa fuerza, la simpatía popular, la fe y la confianza de las multitudes. Porque es con ese ejemplo vivo de idealidad y de superioridad moral; porque es con esa influencia ejercida a través de la familia, de los compañeros de trabajo, del medio comunal y social, como se forman las grandes corrientes de ideas y como se consigue impulsar desde abajo los movimientos de masas.

Es aún así como se determinará la segunda revolución española.

Así cayeron los dados... falsos

Por F. Javier ELBAILE

GRITOS metálicos, estudiados golpes entrecuchando los tacones, estos despóticos, más gritos... —¡A formar! ¡A cubrirse! ¡Arce! ¡Fír...més!

Y posturas de polichinelas en movimiento impersonal.

En la mañana cargada de olores de mieses en sazón estalla la estridencia de un cornetín por sobre las voces, los taconazos, los gritos y los gestos. Silencio. Silencio y curiosidad. Curiosidad y miedo... Miedo y...

Habla, allá a la cabeza del regimiento formado, el Coronel.

—¡Soldados!... Habla, allá a la cabeza del regimiento formado, el coronel, pero no entendemos lo que dice. Habla el coronel...

—¡Viva la República! Como una saeta se hunde en el corazón de la mañana cargada de olores de mies en sazón y de sol y de vencesos y golondrinas la nota en parodia del cornetín:

—¡Marchen de frente Ramón Catalán! ¡Ya!

(Zas, zas, zas. Zas, zas, zas...)

Avanza el Regimiento de Infantería número 20 sobre la ciudad de Sertorio: zas, zas, zas... Fila de a tres cortada a intervalos por los capitanes en Reyes de Gallos. Zas, zas, zas. Traición, insolencia y miedo. El Regimiento avanza.

—Diz que... (sotto voce) diz que Viñuales, por la ruta de Aznar Garcés, salió esta noche pasada en busca de refuerzo. ¿Llegarán a tiempo los Almogávares? ¿No llegan a tiempo los Almogávares! No habrá campana esta vez... Don Ramiro y su cohorte, como antaño, duermen.

El Regimiento, plaga en paz, se hace azote y Huesca tiembla.

Disparos de fusil, toques de corneta, gritos histéricos, gestos de epi-

lepsia. Huesca se rinde sin lucha. La Guardia civil aparece. Y al atardecer, cuando sobre la ciudad cae el beso de los luceros, asoman las primeras escuadras trágicas.

Fausa con días de astracanada y noches de pesadilla.

—¡Que vienen!

—¡Vienen? Cabanellas, bajo su barba venerable nos oculta su alevé felonía y la pasea por el Coso. Llega el Tercio: Jaques, putas y loros y perros y monos Un chivo encanallado, y traidor, también, desfila delante de la Bandera, sin tirar al monte, por medio de la calle remolinos de trompetas, tatuajes, patillas en boca de hacha, condones hinchados y atados a la punta de las bayonetas... Las niñas bien tiran flores al paso de la jauría y cantan: «...que en España empieza a amanecer»

Llegaron los requetés y se cuelgan con saña feroz de una soga que ataron al cuello de la Mariana que, apoyada en un soldado y un campesino, presidía la entrada del cuartel. Se cuelgan en racimo, tirando de la cuerda. Cae la alegórica escultura.

—¡Que vienen!

—¡Vienen?

Almudévar, Tardienta, Siétamo, Pompenillo, Estrecho Quinto, Monte Aragón, Carrascal de Cillas, Cementerio, Huerríos... La aviación republicana y sobre todo el «Negus». Bombas sobre la ciudad que producen víctimas a unas horas de retardo. Por cada una, cinco rojos fusilados; a veces diez.

Llega el otoño. En los campos se pudren las mieses afajinadas. Y en cada fajina... tras cada fajina, una tumba sin abrir.

Torre del Anotano, noches frescas del otoño que invitan a la meditación...

«en las trémulas manos se posa la cabeza pensativa»

El parte oficial de última hora nos comunica que ha caído Madrid. Pedro Lara ¿dónde estás? palidece. Es madrileño. Rafael Train, un maño de la parte de Cinco Villas, rechina los dientes. Villalvilla, un minero de Asturias, dice: «¡Gata!»

—¡Esta noche?

—¡Esta noche!

—¡A alguno de los que vienen detrás le saltan las balas en las cartucheras!

—¡Para'eso! «Eso» para. En la obscuridad es tallan las rosas de los disparos y luego llegan hasta nosotros los «pacos».

—¡Corre! No contesto y corro más. Pero, ¿aun no llegamos a la acequia? Por tanto... Es la acequia la que ha venido a mí y caigo en ella y los otros sobre mí.

—¡Cago en Dios!

—¡Hay que...!

—¡Yo voy! Quedaos aquí.

Siento y oigo los latidos de mi corazón. Avanzo.

—¡Compañeros!... ¡Compañeros!... Avanzo.

—Compañeros...

—¡Alto! ¿Quién eres?

—¡Paso... Que me paso!

—¡Levanta las manos y toca palmas! ¡Elcacho! ¡Elcacho!

Elcacho responde desde un poco más atrás del que me está apuntando con el fusil, que dice:

—Ve a llamar al Responsable, que se pasa uno.

—Voy — ha dicho Elcacho — y se oyen sus pasos alejándose deprisa.

Nos quedamos frente a frente el que me apunta con el fusil y yo...

Al fin me pregunta si llevo armas. Le digo que sí, una pistola.

—Tírala al suelo — me ordena. Y la tiro.

—Acércate. ¿De dónde eres?

—De Ontiñena.

—¿De Ontiñena? ¡Me cago'n Dios! Eres... eres...

—Javier; Javier de Campo...

—¡Javier!

Tira el fusil y viene a abrazarme.

—¿No me conoces? Soy Gregorio Crejenzán!

Abrazado a él se funden en lágrimas todas las angustias, todas las penas que durante cuatro meses han ido llenando el frágil recipiente de mis diez y seis años...

Me parece que está por Francia Rafael Train, de la C.N.T. Pero no sé de cual C.N.T. No sé donde para Pedro Lara, socialista. De lo que sé es que si otra vez se tirasen los dados... Aun a sabiendas, como en-

(Pasa a la página 5.)

RETROSPECTIVA

FUE UN 19 DE JULIO

ERA en la mañana del 18 de julio. Elda, la ciudad levantina en donde vivo, se va llenando poco a poco del ruido y del movimiento que predominan cada día de labor. Como de costumbre, me encaminaba hacia mi lugar de trabajo. Al pasar por una calle oigo que unas vecinas comentan que la «radio» acaba de comunicar que en Marruecos ha estallado una sublevación militar contra la República. Aprieto el paso; quiero llegar cuanto antes a la obra para cambiar impresiones con mis compañeros de trabajo.

A mi llegada, advierto que el ambiente es anormal. Aquí y allá se forman grupos que discuten animadamente. Nadie tiene ganas de empezar a trabajar. Los encargados van de un lado a otro ordenando a los trabajadores que acudan a sus puestos, pero ninguno les hace caso. Después de largas discusiones, vamos desfilando hacia el sitio de cada cual. Se trabaja de mala gana y todos estamos preocupados y nerviosos. Lo que está sucediendo, hace tiempo que se preveía y sabemos que la partida que empieza es decisiva para nosotros. Estamos ávidos de noticias y despachamos emisarios para que vayan a los locales de las organizaciones sindicales a informarse de la situación. Después de media mañana, la paralización es completa. Los ánimos se van caldeando; algunas discusiones suben de tono. Los más impacientes abandonan el trabajo; poco a poco, el resto del personal hace lo propio. A mediodía el paro es total. Cada cual se dirige hacia la sede de su organización respectiva. Varios compañeros nos personamos en el local del Sindicato. Allí encontramos ya a varios militantes destacados y a numerosos trabajadores. Cada recién llegado es acosado a preguntas por los que allí se encuentran. Empezan a circular noticias fantásticas y contradictorias. Para acabar con ellas, se acuerda organizar una asamblea. Media hora más tarde, el salón de actos está lleno de bote en bote e igual ocurre en las demás dependencias del local. Un compañero de la junta informa sobre los acontecimientos que se vienen desarrollando e incita a los trabajadores a que se mantengan unidos y no hagan caso de los bulos que puedan hacer circular nuestros enemigos. Al final, se pronuncian varios discursos a cargo de oradores espontáneos.

La tensión aumenta a medida que avanza el día. Grupos de trabajadores montan una guardia permanente en los puntos neurálgicos de la población. Se hace el recuento del material de que se dispone para hacer frente a cualquier eventualidad.

Empezan los interrogantes. ¿Qué hace la guardia civil? La plantilla había sido considerablemente reforzada días antes de la sublevación como obediendo a un plan premeditado. Elda ha sido siempre un pueblo de solera anarquista y confederal; luego, era de prever una resistencia encarnizada en caso de lucha. ¿Qué pasa en Alicante? Los compañeros de esta ciudad ya hace más de una semana que tienen su mirada concentrada en el cuartel del regimiento de infantería. En Valencia, la actitud indecisa de la guarnición es un motivo de inquietud para toda la región...

La situación evoluciona dramáticamente en la noche del 18 al 19. Hacia las 9, las emisoras transmiten el llamamiento del Comité Nacional de la C.N.T. exhortando a todos los compañeros a la lucha. La fisonomía de la ciudad cambia rápidamente. Aparecen las primeras escopetas. El instinto popular presiente el peligro y se dispone a hacerle frente. El Ayuntamiento republicano llama a nuestros compañeros para que se pongan en contacto con él. Las pugnas y rivalidades se acallan ante la amenaza que se cierne sobre todos. Los fascistas no han levantado un dedo. Los más significados han desaparecido del pueblo; los demás han sido detenidos.

Poco a poco va surgiendo el nuevo orden revolucionario. Los organismos oficiales han quedado reducidos a una ficción sin ningún poder determinante. Después de las improvisaciones de los primeros momentos, se van creando los órganos de la revolución. Las milicias van adquiriendo cohesión. Se requisan un local que les sirve de cuartel y se crea un comité integrado por compañeros responsables para que fiscalicen y orienten su acción. Se constituye una Comisión de Abastos para que haga un inventario de las existencias de víveres que hay en la ciudad y procure que se repartan equitativamente. El mismo entra en relación con los centros productores para normalizar el abastecimiento. Los patronos más reaccionarios han des-

aparecido o están detenidos. Se procede a la incautación pura y simple de sus fábricas. Las demás fábricas y talleres quedan bajo el control de las organizaciones obreras.

Todavía no ha sido despejada la incógnita de la guardia civil. Esta permanece encerrada en su cuartel y su actitud nos obliga a establecer una vigilancia en las inmediaciones del mismo. Las milicias confederales están decididas a acabar con esta amenaza. Al anoecer del día 19 se pone cerco al cuartel. Alguien ha telefonado a Alicante y se da la orden de esperar antes de dar el asalto. Al poco tiempo, se presenta un delegado del gobierno civil y junto con elementos del pueblo parlamentan con el teniente que manda la fuerza. Los guardias están dispuestos a rendirse a condición de que se les saque inmediatamente del pueblo. A poco, llegan camiones de los guardias de asalto, se les embarca en ellos y se les lleva a Alicante.

Transcurren varios días sin que nadie acuda a trabajar. La ciudad está en plena ebullición. Se vive en medio de una gran exaltación, sin dormir ni sosegar. Normalizada la situación local empiezan las expediciones más lejanas. En Albacete, la situación es confusa durante varios días. La guardia civil se niega a rendirse. De Alicante sale una columna integrada por voluntarios y guardias de asalto. Sobre la ciudad manchega, convergen trabajadores de las provincias levantinas. Su sola presencia despeja la situación sin necesidad de disparar un tiro. Compañeros de Elda participan en el asalto de los cuarteles de Murcia, donde logran apoderarse de un excelente armamento. De Valencia llegan buenas noticias. En Paterna, el sargento Fabra, secundado por algunos sargentos, cabos y soldados se han adueñado del cuartel de ingenieros; en la capital, se han rendido los demás cuarteles.

Empezan a salir voluntarios hacia los frentes. El primer contingente, integrado por compañeros, sale hacia Bujaraloz para incorporarse a la columna Durruti. Voluntarios socialistas se dirigen a Madrid y sectores de la Sierra. Salen expediciones para la columna del Rosal y para la Roja y Negra. Otros marchan al frente de Granada con Maroto; otros a Teruel con la Columna de Hierro.

Cristóbal PARRA

BAJO EL SIGNO DEL ZODIACO

—La trayectoria de la C.N.T. y de lo que dióse en llamar movimiento libertario es voluntarista hasta el 19 de julio de 1936; después fatalista. No era óbice entonces el grado de madurez del pueblo ni la oportunidad revolucionaria. Llamarse revolucionario y dar cobijo al poder de la circunstancia es contrasentido.

—Fundamentalmente estamos de acuerdo. Detesto, sin embargo, los términos absolutos. No responden al modo de ser natural de las cosas. Nada se nos da en Natura rigurosamente simétrico.

—Filosofías aparte, el 19 de Julio teníamos todas las de perder y no nos resignamos a una condena inapelable. El pueblo, echándose a la calle...

—El pueblo no se echó a la calle hasta ver la cosa clara. Ni todos los anarquistas; ni tres cuartas partes de la Confederación. En mi barriada el pueblo intervino en tromba cuando un grupo de hombres ya habíamos asaltado el cuartel. Me extrañaría que en todas partes no hubiese sucedido lo mismo.

—Sí, fueron unos pocos hombres los primeros en dar la cara, y aunque aquellos pocos no hubieran podido por sí solos inclinar la balanza, su gesto heroico, suicida o numantino, en resúmenes cuentas vale.

—Produjeron el contagio en otros grupos, en otros todavía y, finalmente, en el pueblo. La intervención de éste afianzó la revolución. Pero con tanto contagio de por medio, ¿dónde queda la espontaneidad?

—Estaba en la base; en la voluntad de aquellos primeros grupos.

—Vamos a admitir que fui héroe asaltando aquel cuartel prácticamente abandonado por los soldados que habían salido a tomar la ciudad y por los que desertaron saltando por las tapias traseras. En grupo salimos de él armados hasta los dientes. Al llegar a la barriada sonaron vivas y aplausos de la multitud que curiosa a la vez que angustiada nos admiraba. Yo arremetí indignado contra la olaque: ¡Cobardes! ¡Calzonazos! ¡Esto no es un pasacalle! ¡Id a por fusiles, gallinas! Y las mujeres, abucheando a los remolones, hicieron el resto.

—Di mejor que una acción limitada provocó una reacción en cadena. No obstante, existe la acción inicial, autónoma, espontánea.

—Recordó varias de estas acciones. Un compañero encañonó a un teniente habilitado, pero con tales gritos, nerviosismo y palidez en el rostro que más bien parecía él el atacado. Yo mismo batí los cien metros en una exhalación cuando apareció el primer autocar con tricorinos. No lo pude remediar. Las piernas, verdaderamente «autónomas» y «espontáneas», se me convirtieron en aspas de ventilador. Luego pude comprobar que hubo mercado libre de miedo. Los compañeros se reprochaban mutuamente debilidades a porrillo. Que se hubiesen retirado a dormir la noche crucial del 18 al 19; que no acudieran al centro de la ciudad cuando la coadura de las primeras castañas; que no estuviesen en la brecha de Atarazanas, en «Capitanía» o ante el cuartel del «Bruch».

—Cierto, mucho jugó la emulación. —Y el amor propio español, sobre todo cuando se pudo obrar con cierta impunidad.

—Dónde las tropas salieron a la calle, la batalla, si librada, la ganaron minorías generosas en el centro de la ciudad.

—La caída de Ascaso frente Atarazanas decidió la suerte de la fortaleza. He aquí un caso de determinismo sentimental.

—No digas, había entrenamiento revolucionario en nuestras gentes. Las intenciones de 1933 fueron de gimnasia para que estuviésemos en forma.

—Hubo sobreentrenamiento. En líneas generales quienes se levantaron en enero de 1933 permanecieron acostados cuando el levantamiento subsiguiente. Por lo que respecta a Zaragoza la pasividad fué crucial para la estrategia revolucionaria y militar. El fenómeno podría explicarse de muchas maneras. A mí no me quitás de la chola que Aragón y la Rioja purgaron los estragos de diciembre de 1933.

—En cambio Asturias estuvo consecutivamente en los movimientos de 1934 y 1936.

—Asturias no había intervenido en el «doble» de 1933.

—Pero en el de 1934 fué duramente castigada.

—En julio del 36 se dejó camelar por Aranda. Psicoanalistas y biólogos darían al caso otra explicación. No hay más que retener el caso de Andalucía. Donde se había dado todo el «8 de enero» se cubrió tan sólo el expediente del «8 de diciembre». Sevilla y Zaragoza fueron como dos espinas en nuestras sienas el 19 de Julio.

—De no fallar Zaragoza hubiésemos podido enlazar con Logroño. Y desde

allí con el Norte dejando bloqueada a Navarra. Pues en la Rioja parece que se batió el cobre a pesar del «surmenaje».

—Los grandes baluartes del enemigo eran Navarra y Africa. Las defecciones de Zaragoza y Sevilla dieron al traste con toda nuestra estrategia. Ambas capitales fueron sorprendidas en baja forma revolucionaria.

—El malabarismo de los gobernadores civiles nos fué funesto. El viraje de Cabanellas, los gritos de «viva la República» de los pretorianos...

—Cabanellas y Queipo dieron el triunfo a la facción cada cual con un estilo diferente. Jugó mucho en Cabanellas su ascendente de masón; en Queipo su desparrajo y sus escarnios. Los gobernadores civiles hicieron también su numerito en todas partes. En Barcelona las autoridades no anduvieron menos despididas. En ninguna parte se regalaban los fusiles. Hubo que conquistarlos.

—La actitud de los guardias de Asalto no fué tampoco decisiva. Estos fueron más bien ganados por el arrojo de nuestra gente. Donde fallaron es porque no hubo arrojo en el paisanaje. La guardia civil en el mejor de los casos fué un enigma y una zozobra durante muchas horas.

—Un estudio objetivo de la cuestión no podría desdénar el detalle de que el levantamiento no fué empresa nuestra; no nos levantamos nosotros sino ellos. Fuimos pues, determinados.

—El clima revolucionario estaba creado. Sólo faltaba el chispazo. Que fuesen ellos o nosotros los que prendieran la mecha tanto monta.

—Desde 1934 andaban ellos revolviendo las cancellerías idóneas en procura de colaboradores. El Duce les dió favoritos a la salida.

—Nosotros, al margen de las cancellerías, nos habíamos anticipado varias veces. Su revolución fué el resultado del miedo a la nuestra. Fué una contrarrevolución prototípica.

—Esta afirmación, carece de solvencia histórica. Nuestra revolución se batía en retirada desde el triunfo electoral del 16 de febrero. Socialistas y republicanos se preparaban en julio del 36 para una larga y plácida digestión del triunfo conseguido en las urnas.

—Al hablar de los socialistas no hay que olvidar a la fracción caballerista o revolucionaria.

—Muy minada ya por el comunismo que condecoró a Caballero con el título de «Lenin español».

—La C.N.T., en su Congreso de Zaragoza, propuso un pacto de alianza revolucionaria a la U.G.T.

—La proposición era más bien un emplazamiento. La U.G.T. debía reconocer el fracaso del sistema de colaboración política y parlamentaria y comprometerse a romper con el régimen imperante. El acuerdo se averaba difícil.

—El 19 de Julio se produjo en la calle la unidad revolucionaria sin pactos.

—El 19 de Julio, nuestra primera reacción fué defensiva. Los resultados nos abrieron el apetito. Barcelona marcó la pauta. Otro caso de emulación.

—El ejemplo de Barcelona pudo ser crucial para el triunfo definitivo. —Paradoja de las paradojas! El triunfo de Barcelona se convirtió al poco tiempo en nuestro mayor infortunio. El miedo al «leadership» catalán, más por anarquista que por catalán, hizo que cerraran los caciques políticos contra la revolución. A partir de entonces la guerra contra el enemigo común pasó a segundo plano. Aplastar la revolución y sus imitaciones fué la gran consigna. De este mal moriríamos. El comunismo prosperó a sus anchas en ese clima.

—Se salieron con la suya porque abdicamos nuestro activismo para convertirnos en masa al fatalismo. Los que hablaban de revolución a todo trapo fueron los primeros convertidos al circunstancialismo.

—En 1932 dos fracciones de la C.N.T. se habían excluido inmisciriendo por un quitame allá ese «incendiario» o aquel «bombero». Ganaron la batalla los dinamiteros y no quisieron oír de preparación de las masas ni de clima popular constructivo. Las revoluciones se fabricaban a la medida y se entregaban a fecha fija, como los trajes.

—Creíanse demiurgos con poder sobre las leyes que rigen en el espacio y el tiempo el proceso de los fenómenos.

—Nuestros más acendrados jacobinos de la víspera dieron el 20 de julio en la gaita de que no podíamos aspirar en exclusiva a la mano de doña Revolución. A renglón seguido produjéronse a chorro las retractaciones. Penetrábamos en el «imperio de las circunstancias», de la «tremenda situación excepcional», de las «imperativas e imprevisas realidades».

—Si el jacobinismo de la víspera era burgués, la dicción de nuestro cuño, con secuela de consignas y frases hechas, fué francamente insoportable.

—Por lo sucesivo no fuimos capaces de dar un solo paso sin permiso de los signos del zodiaco. Pasamos en un periquete de un extremo a otro: del activismo desenfundado a la supina predestinación.

José PEIRATS

Desde los antípodas

EL 19 DE JULIO A TRAVÉS DE LA RETINA LIBERTARIA NIPONA

Por Víctor GARCIA

ENTRE las muchas cosas que me sorprendieron durante mi estancia en las islas del Sol Naciente está, entre las primeras, el conocimiento exacto que el japonés tiene de los hechos e ideas del Occidente. Algunas veces tuve que afrontar discusiones sobre temas «occidentales» por los que yo había andado alguna vez con indolencia y sin demasiada atención, todo ello con resultados desastrosos para mis «representados» occidentales. Recuerdo una vez en que el anarquista Miura sacó a colofón la filosofía tomista a resultados de haber indicado yo que en el budismo me parecía ver una fuente más sana del pensamiento que en el cristianismo. Miura me calificó de injusto y no comprendía — declame — como yo, un latino podía desestimar tanto el pensamiento de Santo Tomás de Aquino. Me ponderó, como más humanas, las finalidades del pensamiento de nuestro «Doctor Angelicus», por la parte de dinamismo que implicaba la lucha para alcanzar la perfección y de allí la felicidad, encerrado todo ello en el pensamiento tomista; como más humanas, repito, que la renuncia a todo deseo que es el cimiento del pensamiento de Gautama.

Yo me salí como pude de la discusión porque las obras de Santo Tomás de Aquino no las conocía sino de soslayo y por la función desempeñada por el filósofo italiano para tratar de encarrillar dentro del dogma católico la filosofía de Aristóteles. La pulimentada educación nipona me salvó de un naufragio del que no me hubiera escapado de haberme encontrado frente a un occidental.

Muchas veces, husmeando por las librerías de Tokio, Osaka, Kyoto, Fukuoka y las grandes ciudades japonesas, me maravillaba de ver las vitrinas repletas con obras, en el original y traducidas, de escritores europeos y americanos y pensaba en nuestra ignorancia y soberbia «occidental» que nos mantenía completamente divorciados de las excelencias penoleras de los escritores japoneses como Suke Myajima, Soichi Cya, Shin Hasegawa, Shio Osaki y Shigendo Tsuru.

Dentro del campo anarquista, inclusive, podría añadir que mientras en nuestras bibliotecas no registramos jamás la presencia de las obras de Denjiru Kotoku, de Sasao Osugi, de Gonketsu Akaba, de Sanjirou Ishikawa y tantos escritores libertarios en que ha sido prolijo el Japón, en las bibliotecas de los compañeros japoneses no faltan nunca «La conquista del pan», «El apoyo mutuo», «Ética», «Sistema de las contradicciones económicas», «De la justicia política», «Nacionalismo y

cultura» y muchos libros más que forman el andamiaje de las ideas ácratas.

Cuando asistí al Congreso anarquista del Kansai en Himeji (está muy en uso en el Japón, la división del mismo en Kansai y Kanto: Oeste y Este respectivamente) fui presentado como un compañero de la C.N.T. española. Se dedicó una sesión al estudio de nuestra revolución del 19 de julio de 1936 y de nuevo tuve que admirarme de la minucia con que los compañeros japoneses nos habían seguido, paso a paso, en los 33 meses que duró nuestra desesperada lucha.

Se me invitó a que hiciera una exposición del movimiento y del papel desempeñado por los anarquistas en él, pero me di cuenta, una vez terminado y oído que hubo las intervenciones de los compañeros congresistas, que mi exposición había sido una redundancia para el conocimiento ya exacto que de las cosas ya tenían los amigos nipones.

Algunos compañeros intervinieron atacando abiertamente la posición de los anarquistas españoles que permitió la presencia de «amnistos» libertarios en el gobierno de Largo Caballero. Era para mí ingrato defender a los compañeros españoles por la posición que no podía imputarse a determinación de la base puesto que la misma no había sido consultada. Me daba cuenta de lo difícil que resultaba demostrar — ¿acaso se puede demostrar? — que los comités habían dejado de ser mandatarios y se habían arrogado poderes ejecutivos demostrando que habían sido rebasados por los acontecimientos. Una decisión comiteril no la concebían los amigos japoneses en el seno de una organización anarquista. Lo crítico de la situación es que yo tampoco la concebía y, por ende, mi posición resultaba aún más violenta.

Felizmente, fueron otros compañeros japoneses los que aliviaron el peso de mi «responsabilidad» y la de los compañeros españoles luchadores en la contienda que entablaron la libertad y la reacción en España.

Recuerdo muy claramente la intervención del doctor Jo Kubo quien trató, y consiguió, atraer la atención sobre la parte combativa de nuestra revolución. Kubo había estado, allá por la tercera década de este siglo, en París. Había tenido ocasión de conocer a muchos anarquistas franceses y españoles y fué uno de los que siguió más de cerca los acontecimientos que jalieron el movimiento revolucionario español en 1936-1939.

Habló de las noches en vela que los anarquistas se habían pasado en los sindicatos en los días que precedieron el 19 de julio. Del entusiasmo que consiguieron infundir al pueblo de Barcelona, de Madrid, de Valencia y todos los pueblos y ciudades de España. El Ejército español estaba muy bien organizado y Franco, Mola y Sanjurjo habían planeado un paseo militar por toda la península sin mayores consecuencias que la marcha sobre Roma que hiciera Mussolini en 1922. Lo habían planeado todo, decía Kubo, pero surgió un factor que habían descuidado y era el pueblo y el alma que movió este pueblo: los revolucionarios.

Invité a los compañeros a que, por un momento, se imaginaran al pueblo japonés combatiendo a pecho descubierto al Ejército nipón, antes de 1941, cuando aun se consideraba invencible por la carta de servicios presentada frente a los chinos en 1894-95, frente a los rusos en 1904-1905, frente a las posiciones alemanas del Extremo Oriente en 1914-1918, frente a la China de nuevo en 1937 y frente a los primeros golpes infligidos a los Estados Unidos y a los Aliados en el comienzo de la última contienda mundial. Era inconcebible imaginarse una lucha entre pueblo y ejército. Era suicida. Pues bien, los españoles fueron suicidas. Un suicidio fructífero, empero y no estéril como nuestro harakiri. Es verdad que los comités fueron rebasados por los acontecimientos. Sólo los comités, y ello debido a que habían perdido e contacto con la base.

Kubo se expresaba como un perfecto conocedor del problema nuestro. El anarquista español no ha defraudado a nadie. Lo dió todo y no pidió nada para él.

Uno de los compañeros que había censurado la presencia de «amnistos anarquistas» agradeció la información mía y la de Kubo para volcarse de nuevo contra el movimiento anarquista español organizado. Sobre el mismo recae, decía, la responsabilidad de haber manchado de mácula indeleble la trayectoria anti-gubernamental del anarquismo internacional. Desde el momento en que el movimiento anarquista más importante del mundo, el español, ha incurrido en tan monstruosa desviación, los anarquistas del mundo entero ya no pueden hablar con autoridad de la efectividad de nuestras ideas antitotales y ello porque, cuando ha habido ocasión de

(Pasa a la pág. 6.)

A LARGA PERSPECTIVA

EL PENSAMIENTO EN NUESTRA REVOLUCION

EN todas las revoluciones hacen eclosión nuevas formas del pensamiento. Y una vez rotas, aunque momentáneamente, las trabas que anteriormente impedían las nuevas manifestaciones del pensar, éste surge brioso y lo invade todo, pretendiendo presentar soluciones nuevas a todos los aspectos de la vida.

Así sucedió en España el 19 de julio de 1936.

En nuestro país, el pensamiento revolucionario que propiciaba nuevas y mejores normas de vida, largo tiempo comprimido y amordazado, con valladares enormes que impedían desde siempre su expresión, el 19 de julio se extendió con fugaces y poderosos destellos, iluminando todos los matices del vivir ibero.

Por eso fué que todas las manifestaciones de lo intelectual adquirieron forma.

Así cayeron los dados...

(Viene de la página 4.)

tonces, de que el tramposo llevaba las de ganar, jugaríamos con el honorado. Y como nosotros, otros que están allí y que quizá como nosotros en aquella chabola de la «Posición Torre del Ansozano» canten despacito:

«Arriba los pobres del mundo, en pie familiar legión...

Y «¡A las barricadas, a las barricadas!»

Cuando escribo estas líneas, Pedro Lara, Rafael, Villalvilla y todos los demás, me mueve el mismo sentimiento que cuando os recitaba, en la posición «Torre del Ansozano» aquellas poesías que se titulan «Dónde está Dios», «El canto de los libros», «Héroe ignorado»... ¿Os acordáis?

19 de julio de 1936-19 de julio de 1939.

F. JAVIER ELBAILE.

tos y alicientes sin fin en las grandes multitudes a quienes se dirige.

Y es porque, en nuestro país, también piensan las multitudes. Eso a despecho de los individualistas máximos de los aristócratas del pensar.

Por eso las corrientes más profundas de la filosofía encontraban eco en las más llanas capas del proletariado.

Y era corriente el obrero catalán que discutía con conocimiento de causa el pensamiento de Hegel, la pintura de Picasso o la literatura de L. Andriev. O el campesino andaluz que no estaba conforme con el Hibridismo cartesiano, admiraba el genio de L. de Vinci y apreciaba las nuevas teorías del freudismo.

Y en ese campo llano el pensamiento revolucionario pudo actuar y pudo experimentar en el brevísimo tiempo que nuestra revolución duró. Porque nuestra revolución dejó de serlo cuando la yuguló el comunismo.

Y fué así que el periodismo de nuestro país, en aquellos momentos revolucionarios, como expresión del vivir y del sentir de nuestro pueblo, adquirió los elevados matices que no ha logrado conseguir en ningún otro lugar.

Y la medicina, aplicada a la vida social, inició rumbos que se desconocen aun en los demás países.

Y la pedagogía realizó ensayos que se tienen como utópicos en todo el mundo.

Y la pintura adquirió caracteres que para sí quisieran los países más avanzados del planeta.

Y en todas y en cada una de las manifestaciones del pensamiento rebasaron los límites más avanzados del pensamiento actual.

Y es porque nuestra revolución no fué una revuelta, sino una verdadera Revolución Libertaria.

B. Cano RUIZ

Símbolos y hechos

MUCHAS de las fechas conmemorativas que se celebran corresponden a un símbolo más que a un hecho que perdura a través de los tiempos; victorias, o vanos sacrificios que se apropia el elemento oficial triunfante en la cúspide de sus delirios de megalomanía y quedan de tal forma camuflados y pintarrajeados que sólo son una caricatura de lo que fueron porque el adversario más que vencido ha sido aplastado por la fuerza de la sinrazón llenando de luto y de sangre los hogares y los campos de batalla.

Falsos símbolos históricos que acaban en mascaradas — como por ejemplo el Primero de Mayo — y en vez de ser una expresión de algo moral o intelectual que perdure para que se vaya incrustando en el sentimiento de los pueblos va perdiéndose y diluyéndose en la panoplia de los recuerdos dolorosos de una fecha que podría ser un hecho social como punto de partida que fuera evolucionando y revolucionando el ambiente humano en sentido igualitario y por el contrario lo vemos desfilarse anualmente cual si se tratara de un baile festivo en el cual se celebrara el fin de una conquista y no el alborar táctico de un mañana mejor.

Victorias existen que lentamente van perdiendo su carácter y su originalidad porque los desengaños y los desencantos se van sucediendo acompañados de duchas frías entre los hechos y las realidades acumuladas en el duro batallar por la existencia mientras unos símbolos son reemplazados por otros y todo se reduce al cambio de la nomenclatura de las calles y de las plazas cuya misión se encomienda a la municipalidad de turno. Y ahí queda eso, esperando que otra municipalidad adicta al nuevo régimen cambie un día el nombre de los supuestos héroes de antaño... y rue de la hola una vez más hasta el infinito de las injusticias y las conveniencias sociales de las castas dominantes.

Por el contrario, para nosotros tanto el Primero de Mayo que fue una promesa y un punto de partida como el 19 de Julio que fue una realidad desbordando toda utopía recobra eficacia a medida que el tiempo pasa y vemos agrandar el hecho histórico no superado hasta la fecha. Porque el «problema español» sigue latente en toda su crudeza y después de 23 años de retroceso debemos partir de cero si en España queremos hacer labor útil y constructiva, si tenemos en cuenta que en 1939 triunfó por la fuerza del barbarismo la negación de todo progreso y de toda libertad.

Existe cierta tendencia en algún sector exiliado a celebrar el 18 de Julio como si esa fecha representara nada sólido en nuestros recuerdos, cuando en realidad esa fue una fecha de indecisiones y hasta si me lo permitís de veladas prevaricaciones de los hombres que regentaban la República abriéndola que no se daban por enterados y tenían por no sé qué oscuras razones para entregar armas al pueblo para que cortara de raíz lo que se había fraguado en los cuartos de banderas, en las sacristías y en los salones de aquella aristocracia detentadora del 51,5 % del suelo español.

El 18 de Julio representa una fecha simbólica para el franquismo pero no se puede concebir que la celebren antifascistas exiliados que lucharon con nosotros y compartieron la responsabilidad de la guerra con los que como nosotros seguimos creyendo en la eficacia social manumisora que tuvo una bella epopeya aquel 19 de Julio.

Hace tiempo que España vivía en un ambiente más o menos camuflado de guerra civil y la situación se hacía insostenible debido a que los gobiernos que se iban sucediendo no ponían remedio al mal y sólo se limitaban a curar heridas superficiales sin atreverse, impotentes, a la cura de profundidad que reclamaba la miseria y el hambre secular del pueblo español víctima de caciques, de condes, marqueses y toda esa gente cuyo capital sólo servía para producir rentas escandalosas mientras «Juan sin Tierra» moría en los burgos podridos o emigraba a tierras lejanas buscando un mendrugo de pan para sus hijos. El capitalismo español era generalmen-

te inactivo y no producía más que atropellos e injusticias, y donde se siembra el descontento se recogen airadas tempestades que se van fraguando en la psicosis de los pueblos.

El 19 de Julio representa el espíritu de transformación de una sociedad caduca que a partir de aquella fecha, de aquel hecho histórico, quedaba borrada de la carta geográfica, social y política de España. Y no fuimos más allá de lo que normalmente teníamos que ir porque por la fuerza de las circunstancias tácticas de la guerra aquellas realizaciones sociales y económicas sólo se encontraban en un proceso embrionario y cuyos beneficios morales y materiales hubiera percibido la totalidad de la masa laboriosa del país dentro de la libertad y del respeto mutuo a que se hacen acreedores los pueblos verdaderamente libres.

El 19 de Julio de 1936 quedó en la calle y a merced nuestra esa transformación social que España tanto anhelaba. Todos los resortes del Estado quedaron rotos en mil pedruzcos frente a la bárbara acometida de las fuerzas reaccionarias del país coaligadas, y no íbamos a ser tan cándidos ni tan imbéciles que dejáramos hundir bajo las botas de la militarada de los pronunciamientos clásicos lo que aun quedaba de sano y de digno en la Península Ibérica. Porque incapaces demostraron ser las fuerzas políticas históricas para prevenir aquel insensato levantamiento fascista y sólo se declararon aptas para regir los destinos de la nación los fuertes núcleos de trabajadores organizados y esa sana intelectualidad que nos siguió a través de todas las vicisitudes de nuestra lucha y aun nos sigue en el exilio.

Cuando la reacción se ve sola e impotente para imponer su arbitraria voluntad recurre siempre a peregrinas tretas y a protecciones extrañas. En España no fué la primera vez que recurrieron a naciones complacientes para hacer triunfar revueltas descabelladas, para ahogar

con sangre las libertades ciudadanas. Cuando la primera guerra carlista, se dió el ejemplo que señalamos y el partido apostólico tomando como caudillo a Don Carlos de Borbón organizó ejércitos con recursos que recibían de Austria, Rusia y de Roma y levantaron «partidas» con fondos de los obispos y de los conventos para combatir contra los ejércitos llamados liberales de Isabel II, hija mayor del tirano Fernando VII, hermano de Don Carlos. Este, no era tan perverso ni tan bruto como su difunto hermano pero era más fanático y absolutista y la guerra tomó un aire terrible entre liberales que no lo eran y bajo muchos conceptos, y cavernícolas arrastrados por «trabucaires» que soñaban todas las noches con Torquemada y ponían los ojos en blanco recordando los autos de fe.

Nuestros cavernícolas contemporáneos siguiendo el ejemplo de sus antepasados negociaron de antemano nuestro aplastamiento concertando pactos con Alemania, Italia y con lo que quedaba de cavernario en el panorama indeciso de ciertos países democráticos, y nuestras ansias y nuestros sacrificios encaminados a que España dejara de ser el país de los caminos polvorientos, de los pueblos miserables, desiertos y sin agua, sin escuelas ni maestros; de infancia depauperada y hambrienta, quedó en suspenso como amordazadas fueron las libertades vitales de los españoles.

No faltan susurradores que nos digan que actualmente las realidades de España son otras y que a ellas debemos adaptarnos para proseguir la lucha por su liberación, y nosotros estamos plenamente convencidos que esos problemas y esas realidades se encuentran en su origen cuyo punto de partida son los hechos que ocasionaron el 19 de Julio que hoy conmemoramos con la misma convicción del primer día después de veinte años de exilio. No han cambiado las causas ni los efectos en virtud de las cuales «Juan sin Tierra» sigue esclavo de la gleba o tiene que emigrar, y la enseñanza como la educación de los hijos está sujeta al escandaloso y único monopolio de las cavernas como si desde Fernando VII hasta la fecha los relojes del progreso y de las libertades humanas se encontraran en paro forzoso.

Vicente ARTES

TIPOS DE MAR Y TIERRA

VALENTIN ELIAS

LA vasta plaza de la Explanada, teatro de juegos múltiples, campo de fútbol en los inicios del siglo y siempre escenario de revistas militares, separa dos mundos: al fondo, el cuartel de Infantería núm 29, al que se accede por dos rampas laterales y escalinata central dominada por garitas de estilo mural. En la parte opuesta el que fué Paseo de la Libertad. Ancho, bien cuidado, con asientos invitando al reposo, acuarium refrescado por bonito surtidor. Kiosco de música. Palmeras, árboles isleños y dominando los pretilos. A distancias cortas y simétricas, grandes copas labradas en piedra calcárea de las que emergen hermosos cactus llenos de vitalidad.

Sobre las rampas del cuartel las ametralladoras están emplazadas, prestas al disparo. Efervescencia, cuchicheo. ¿Se disparará contra el Pueblo, concentrado en el Paseo de la Libertad? Aquí, también, comentarlos. ¿Debemos asaltar el cuartel? *

Un zapatero, compañero del Sindicato Único, fornido, de estatura mediana, lleno de vigor y entusiasmo, aleccionado por no poca experiencia,

su cabeza cubierta por escasa cabellera peinada con prurito de disminuir su calvicie prematura, frente despejada y ojos en los que brilla el fuego del ideal, se yergue sobre un banco.

El no sabe hacer discursos. Habla su corazón convencido de que ha llegado el momento supremo de la lucha por la libertad.

«Hombres y mujeres — viene a decir — una vez más la República ha sido traicionada. Nuestros compañeros de la U.G.T.-C.N.T. están guardados a vista. O nosotros defendemos la libertad o mañana el fascismo será un hecho. Voy hacia el cuartel; según veáis, obraréis.»

Y allá va, seguido de uno de los jóvenes del Ateneo Racionalista, imberbe casi. Atraviesa la plaza. El capitán de cuartel le sale al paso con su ayudante. El oficial de guardia manda hacer fuego. Los soldados se niegan. Discusión con el capitán de Cuartel. El pueblo de Mahón invade la explanada, sube la escalinata y las rampas, se funde con los soldados que han vuelto sus armas contra los oficiales fasciosos. Media hora después, Menorca comunicó al mundo su profundo amor a la dignidad humana.

V. Elias se ha extinguido, cuidado por su buena hermana que ha podido paliar sus últimas horas de dolor y destierro. Muchos criticaron sus actividades públicas con ese afán de ver solamente los defectos de los hombres, olvidando que él fué uno de los que con más gallardía ofreció su vida en defensa de la clase oprimida. Repose en paz el compañero y sepan los suyos que no todo ha sido olvidado.

Fernán MURATORE

EL 19 DE JULIO A TRAVÉS DE LA RETINA LIBERTARIA NIPONA

(Viene de la página 5.)

ponerlas en práctica, los anarquistas españoles se han mostrado incapaces de hacerlo. Lo expuesto en favor del espíritu combativo del anarquista español sólo prueba la rebeldía pero no el espíritu verdaderamente revolucionario y constructivo.

Esta vez ya no me dieron tiempo de intervenir. Tomó la palabra el compañero Gcawa, el mismo que me recomendó escudriñar en las obras de Herber E. Norman para que conociera el espíritu anarquista de un pensador japonés del siglo XVIII llamado Ando Soeki (1). Tomó la palabra para rebatir el concepto de que en España sólo se había dado ejemplo de rebeldía. El compañero Gcawa habló de las socializaciones de industria y servicios públicos precisando que la ausencia del patrón no fué motivo para que la producción se parara. Habló sobre

todo de las colectividades agrícolas y del espíritu solidario del campesino. Allí no se podía explicar el fenómeno con la rebeldía tan sólo. Había de reconocerse el espíritu constructivo del campesino y, cuando los años hayan pasado y los acontecimientos recientes vayan arrinconando los remotos, los anarquistas del mundo entero podremos siempre exponer con orgullo la fase que ha desarrollado Jo Kubo, es decir, la combativa y abnegada y, también, la constructiva que ha demostrado palmariamente la conveniencia libremente deseada y sin coacción de los productores en un régimen que abjura solemnemente de la explotación del hombre por el hombre...

Vicior GARCIA

(1) Víctor García: «Ando Soeki». Suplemento «Tierra y Libertad», Julio 1958.

AYER Y HOY

Las armas que se batían contra el fascismo están en manos proletarias. En manos proletarias están las herramientas con que se produce en campos y fábricas. Luchan y trabajan por la victoria los trabajadores. En la etapa inicial, cuando se podía vencer sólo a fuerza de audacia y de responsabilidad, cuando había que dar el pecho a las ráfagas de metralla enemiga, fueron obreros los combatientes de primera fila. Obreros de las grandes ciudades y de los pueblos formaron las entusiastas y gloriosas Milicias Populares. Obreros y campesinos marcharon en las Columnas revolucionarias. Obreros auténticos se pusieron al frente de millares de obreros. El fuego que llenaba los pechos, el temple que hacía milagros con armas inútiles, el coraje que abatía fortalezas fascistas, tenían un mismo origen, salían arrolladores de un mismo centro: el Sindicato.

Del Sindicato salieron los luchadores, y los elementos que llevaban. Del Sindicato las iniciativas y las soluciones improvisadas que imponía cada hora. Y en el Sindicato se dió la orden de trabajar más que nunca, para que nada faltara a los heroicos camaradas de las columnas libertadoras. En el Sindicato se valorizó, en su justo alcance, la producción de guerra. De su seno salieron los que crearon, mientras se batían nuestros hombres, la industria de guerra. El Sindicato dió todo: hombres, armas, ropa, viveres. Y se venció en los primeros días. La Revolución ponía energía, fiebre, actividad multiplicada en las filas proletarias. España daba la respuesta a la provocación fascista. Y España no iba a caer bajo el zarzapero de los traidores, porque tenía el elemento defensivo en vigilancia permanente. Cuando llegó la hora, el Sindicato movilizó sus efectivos. En torno a sus banderas, respondiendo a sus consignas, se unieron hombres que no estaban antes del 19 de Julio junto al proletariado. Y se luchó, y se fué a aplastar al enemigo, y se puso en marcha la economía, con una fuerza que estaba en todo, que a todos respaldaba, y que era el nervio de la Revolución: el Sindicato.

(De «Solidaridad Obrera», de Barcelona, 1938.)

CACHAFAZADA VERONESA

LA multitangencia o puntos de contacto y engranaje, que conectan el Congreso de Verona de por el 1822, con el Comité de no Intervención que ahorcó a la Revolución Española del 36, y que aun nos tiene hoy a sus defensores con la lengua vertida por el pecho, nos espolea a girar la vista hacia principios del siglo XIX; de que estos medios del XX, como de un hermano suyo un bollo de toril parecen copia fidel.

Vámosle, pues, al pelo a la paoloveronesa Verónica. Hagamos el Gracian gracioso al hilo de este trago-estragestragarse en Dios canibal. Neo-chulante aliado mancebuche de la ciudad del Adigio y el jülüético «flirt» o romance a salto de balcón, fueron los verdugos o tíos Sansones de nuestra balbuciente liberalidad, de pañales alioleicos y más en emplaste que plástica.

Restablecida por Riego la Constitución de Cádiz, esta sirena salina, en mil 820, la inflicción de agresiones a la niñita se suceden en cadena. La Iglesia excomulgó sepultariamente a la recién-renacida y al movimiento que nos la había devuelto virgen. Las sobrepelellaces superpelelles levantan predicadera emergente en plena calle, para anematar al crío. La «traicionabilidad» requetero-raquetera se alza en armas contra la nueva vida. La nobleza, que presumía de limpieza de sangre, aunque la tenía pasada por 100 aguas sucias, despide a sus criados por parias, y diciéndoles que les den de comer los doceañistas. Y el regio Nasónico fernando-stimista clamaba S.O.S. a todas las Cortes de Europa, chillando histéricamente que sus ministros jacobinistas lo tenían plagiado (secuestrado); y que sentía ya en el cuello el frío de la «gillette» triangular. ¿Lástima que todo ello fueran niguas!

La constitucionalidad salinera o gaditana retrotraía a nuestro País o los tiempos legendarios de la papirología faraónica, en que las plebes inmemorialmente condenadas a hacerse en la boca cruz (al ayuno), al mazmorro repudirse inquisitorial y a la mala broma de la estrapada, querían que al menos se hiciera eso escribanamente en una Cartamiasma; con tinta, papel y pluma; considerandos, resultandos, otrosies y «enpluses»; y toda suerte de ergos, exergos y parergos.

Los masones del parlamentarismo incipiente a la inglesa, no se habían atrevido a tocar una clavija del tinglado de iniquidad, que andamiaban el propietario canaguero clasicista, la heredolúte no menos neroniana, la contratación maquiñona, el patefamilias cervicorne, la consularidad y senaioconsulteridad romanas. La tierra pertenecía a toreros y señoritos y ex vaquillonas de music-hall. Los monis, a la Banca sin blanca. La mujer no cuera, al sultán y al eunuco. Lo de tejas arriba (Jehová y su cielo lindón), al cura y al gato y a la gata tripera. El ejército

de soldados de plomo, la picara Justiniaceca, el «bureocratismo», la literería, la cátedra pedorrogoga, el vender lotería o altramuces a la puerta del San Isidro, hasta el ramonear por la Cebada y el limosnear en el atrio de una iglesia, lavadero de pies, eran privilegios de clase; a los que no se accedía y a cuyas molas no había entrada, sin premita real o bula pontificia.

No se había prendido candelá al mostrador de trapería de un altojejo. No se había dado marcha a un prior, de más bulto que el cerro de los Angeles. No se había elevado a la categoría materna a una Sor. No se había demolido hasta los cimientos una mole o mola castillera. No se había bombardeado un presidio y una fauna de torres fieras con humos de catedral. No ardían los ficheros policíacos y los archivos de las Audiencias. No se desahuciaba a los inquilinos del palacio de Oriente. No se saqueaba una tienda de timos y se tiraban por la ventana sus balcones. Tenían los usuarios de la fe católica lonja libre, para comprar mano muerta de la encomienda de S. Juan. Y jaun de aflictiva pena, se deshilaban en baba, y se desleían en moco, monjios y fraílitas en seminario contubernamental! Como en vísperas de nuestro 19 de Julio eternal ¡vaya! Ni más ni manguis.

En la capuleto-montesca Verona y en el cuadrilátero lombardo, conspiraban para europeizarnos y civilizarnos a los españoles, porridgeados precisamente de cultura y embutifarrados de gentiles modales. ¡Los sabios de remonta! ¡La pseudo-batlona conejaría montesca! Dejádme que de manos me coja a vosotros ¡divos cielo! ¿Quien nos quería salvar, el condenado? ¿Quien cainitamente, con añejos «coldcrimes» nos quería entarquinar la oración de activa y pasiva, pretendiendo descortiscarnos? ¿Qué parque zoológico de caballeros Ojo de Buey nos acenciaba? La Rusia de las almas en pena, el sueño de vodka y el Padracito del knut jme caso en su corazón! La casa de Austria, que tenía abierto mercado de princesas, menos cerradas que él; y había hecho su fortuna a inguinetazos. Prusia cuyos Memos (Guillermo en México) y Fredericos presidían el yantrar con una estaca; haciendo cráneos de hijos traviesos y esposas como traviesas por lo durmientes y rezumantes de sudor como graseras que en sus paseos por el parque de Postdam, dispersaban a trallazos y golpes de trica los chiquillos que jugando se les enredaban entre los pies. Y la trinidad mariaguana o murga de mariachis, obedeciendo a la batuta del pedazo de carne asada (Chateaubriand), que gería los Negocios Extranjeros de Luis XVIII; y pilotaba la borbónica nave ceterica, que hacía cruceros de *allee et retour* entre Versalles y las Tullerías, como entre Pafos y Lesbos.

Sin otra razón, como en 1939 y 40, para inmiscuirse en nuestro emparedado como tocino, e interferirse en nuestros aferes, que la salopardada de cristista de Donoso Cortés, que no nos daba el absis al encanto, porque los demócratas somos demasiado feos; y no más que por estar atacado aquel perico cantor de la pleonexia beocia (fateza de Aláiz).

Y así nos llamaban entonces las sacristías Panchos, a los que nos vestimos de confección, y no despedimos olor de Pancaya como cupletistas. Tomando en cuenta para negarnos el débito aquel brocardo que reza: que suaviar a un Negro, es perder la saliva y el tiempo. Lo que ya hedía en Babel y con «Zorrobabel».

Angel SAMBLANCAT

JIRAS

La Comisión de Relaciones de Orléans organiza una jira para el 19 de Julio. Todas las FF. LL., compañeros, amigos y simpatizantes, son invitados. La jira tendrá lugar en un sitio muy agradable, cerca de Vierzon.

En la plaza Monoprix habrá compañeros para indicar a los visitantes, el lugar de la jira, donde se recor-

dará la gesta del proletariado español en defensa de las libertades humanas.

—La Federación Local de Lamotte-Beurron invita a la gran jira libertaria regional que se celebrará el día 19 de Julio en el lugar denominado «La Sablière», al final de la rue de l'Allée-Verte a Lamotte-Beurron (L.-et-Ch.).

¿Situaciones análogas?

La gesta iniciada por el pueblo español el 19 de Julio de 1936 y continuada hasta febrero de 1939, fué un jalón gigantesco plantado en la historia de las luchas y de las realizaciones de nuestra época. Durante mucho tiempo, cuando los hombres vislumbramos alguna posibilidad de acción revolucionaria o nos decidamos a llevar a cabo cualquier iniciativa de esta naturaleza, habremos de volver la vista hacia el pasado para fijarnos en él a fin de recoger las enseñanzas y sacar las conclusiones que de tal gesta se derivan.

Las jornadas de julio de 1936 tienen un poder evocativo enorme por lo que de emocionante, de heroico y de conmovedor tuvieron. Mas yo, que soy realista por excelencia, al decidirme a evocarlas no lo hago tomando como punto de mira tales características, cuya valor real no niego. Me parece más apropiado y positivo hacerlo, tomando por base las experiencias aleccionadoras que el desarrollo de aquella gesta nos puede proporcionar en vista de afrontar, con éxito, los problemas que nos plantea el presente y los que no dejará de plantearnos un futuro más o menos próximo.

Se ha dicho en más de una ocasión — quizá por mí mismo — que la situación por la que actualmente atraviesa España, en orden a los intereses en juego y a los factores políticos y sociales en presencia, guarda cierta analogía con la que se vivía en dicho país pocos meses antes del 19 de julio de 1936. Tal afirmación no puede ser mantenida en toda la línea, cierto; pero es preciso reconocer que algo hay de verídico en ella.

Entre la situación en que nos encontramos en España en el mes de mayo del 36, pongamos por caso, y la que actualmente vive nuestro pueblo, hay factores convergentes y factores divergentes; hay aspectos y características que se nos antojan análogos y otros que nos parecen distintos. Hoy, por ejemplo, no se halla el fascismo en período de gestación, como entonces, sino de desmoronamiento. No se encuentra en auge, sino en decadencia. No se prepara para dar el salto al Poder, a fin de amordazar y esclavizar al pueblo, sino que se atrincheró en sus últimos reducidos para retrasar la hora de su caída y para ver si, mientras tanto, halla una solución de recambio que no cambie más que la faz de las cosas, preservando así las arcaicas instituciones religiosas, capitalistas y estatales, los intereses y privilegios de casta.

Como puede verse por lo expuesto, los factores en presencia son hasta aquí divergentes. Sin embargo, no cabe duda de que, entre entonces y ahora, hay en el fondo situaciones idénticas. Entonces se trataba de organizarse para hacer frente con éxito a la amenaza fascista. Ahora se trata, igualmente, de organizarse en vista de desalojar cuanto antes al fascismo de sus últimas posiciones para que no pueda cumplir sus siniestros designios. Entonces había que contrarrestar el peligro fascista que se manifestaba pujante. Hoy hay que contrarrestar ese otro peligro de continuidad fascista, con distinta faz, que se dibuja en el horizonte, al tiempo que se combate al fascismo declarado que ya se halla en franca decadencia.

El 19 de julio de 1936 el pueblo español hizo frente y venció al fascismo en más de media España y lo hubiera vencido totalmente en la otra mitad, en etapas sucesivas de no haber mediado en su favor las potencias extranjeras, unas por acción y otras por omisión. Y si los procedimientos de actuación entonces utilizados dieron resultados favorables, todo parece indicar que lo más lógico sería que en la actualidad echáramos mano de los mismos. Ciertamente la situación en que nos encontramos los sectores políticos y sindicales del antifascismo es muy distinta en la actualidad que lo era entonces. En los meses anteriores a Julio del 36 contábamos con organizaciones y partidos potentes y bien organizados. Hoy no podemos decir otro tanto. La dura lucha sostenida y la criminalidad fascista hicieron estragos en sus filas. De otra parte, los militantes que se encuentran en España han de desenvolverse en plena clandestinidad, y otros muchos nos hallamos diseminados en distintos países de exilio. Pero, cierto también, que el período que precedió al 19 de julio de 1936 ofrece, en este orden de cosas, una característica común con el que actualmente atravesamos. Entonces el antifascismo carecía de compenetración previa y explícita para emprender una acción de conjunto, e incluso había sectores en los que las luchas intestinas o los matices ideológicos habían abierto brecha en su unidad orgánica. Hoy podemos decir, respecto a eso, tres cuartos de lo mismo.

Entonces el pueblo español se hallaba en estado de efervescencia y de franca rebeldía, la cual se ponía de manifiesto en cualquier oportunidad. Hoy no ocurre lo mismo, porque veinte años de terror fascista pesan en el pueblo y porque las nuevas generaciones se hallan desvinculadas de los sectores genuinamente antifascistas y hasta los desconocen en muchos casos, pero es innegable que el descontento y la rebeldía congénitos en el pueblo español se hallan en estado latente y pugnan por manifestarse. Esta diferencia de situación es una razón complementaria que aconseja volver

a operar del mismo modo que entonces. Porque además de combatir al fascismo es preciso, para que éste sea barrido de forma efectiva del suelo ibero, darnos a conocer ante el pueblo; ganar sus simpatías; inspirarle confianza y crear el clima apropiado para que las rebeldías y la aspiración de libertad que se hallan en estado latente se pongan de manifiesto sin reservas de ningún género. Y para eso es preciso acabar con las divisiones internas y externas y propiciar una acción de conjunto entre todas las fuerzas realmente antifascistas y antitotalitarias. Eso y no otra cosa es lo que hizo entonces.

En mayo de 1936, la C.N.T. — para no hablar más que de lo que tenemos más próximo y nos es más querido — en su memorable Congreso de Zaragoza, resolvió el problema de la unidad confederal y acordó propiciar una alianza revolucionaria con la U.G.T. Sin lugar a dudas tal actitud, tales resoluciones estuvieron determinadas principalmente por la amenaza fascista que se cernía sobre España. Hoy, pues, ante una amenaza idéntica — según hemos apuntado más arriba — y por mil razones más que vienen a reforzar esta tesis, la línea de conducta a seguir estimo que debe estar inspirada en la seguida en aquella ocasión.

Considero que la unidad de acción de las fuerzas antifascistas y antitotalitarias, con la sola premisa de derribar la tiranía que impera en España y de dejar en libertad al pueblo para que determine el sistema político o de convivencia que debe establecerse de inmediato, es más necesaria, imprescindible. Pero esa unidad de acción no debe quedar limitada a la U.G.T., como se propició en mayo del 36. Ha de ser más amplia y, sobre todo, es preciso que previamente — al igual que se hizo entonces — resolvamos los litigios y las divisiones en nuestra propia casa. Sólo de este modo tendremos fuerza moral para proponer a los demás el establecimiento de un plan de acción concertada y allanaremos el camino para que pueda ser aceptado y aplicado.

Sobre las características de ese plan de acción común que sugiero diré simplemente, a fin de que nadie pueda dar a mis propósitos una interpretación errónea, que no lo concibo a base de una guerra frontal, ni siquiera mediante incursiones

guerrilleras como en otras ocasiones se hizo por parte de alguien con evidente fracaso. Considero que lo que corresponde es actuar de modo que el pueblo se de cuenta que se trata de una acción responsable que ofrece garantía de continuidad, a fin de que vaya perdiendo el temor, abandone el estado de sopor en que se halla, se entusiasme y se decida a manifestar públicamente su descontento y sus aspiraciones, aprovechando los mil y un motivos que existen, ejerciendo así una presión constante contra el régimen y las oligarquías que lo sostienen hasta producir su muerte por asfixia. Y una acción de esa naturaleza no puede determinarla más que la acción conjunta de los sectores genuinamente antifascistas y antitotalitarios, previamente concertados.

Se arguirá quizá que esa acción conjunta por la que me pronuncio se manifestó espontáneamente en la calle el 19 de julio del 36 sin necesidad de acuerdo previo. Así es, en efecto. Mas no se olvide que entonces esa acción de conjunto fué provocada por una circunstancia crítica para todos y que en esta ocasión hemos de provocarla nosotros. Preferible es, pues, mil veces, que se concierte de antemano.

Tales son las consideraciones que me ha parecido más apropiado hacer en este XXXIII aniversario de la Revolución española. ¿Son análogas la situación de entonces y la de ahora? Ya he señalado que en algunos aspectos los factores en presencia se relacionan y en otros se separan. Pero, en todo caso, tanto por los puntos convergentes como por los divergentes que hay en ambas, se patentiza la necesidad imperiosa que existe de volver a las andadas, de volver a comportarnos, tanto en lo que nos afecta por separado como en lo que se relaciona con el conjunto, de la forma que lo hicimos unos meses antes del estallido revolucionario y en el transcurso de aquellas jornadas memorables.

Esta sería la mejor evocación del 19 de julio de 1936, el mejor tributo que podríamos rendir a los luchadores que hicieron ofrenda de su vida a la causa de la libertad, la mejor manera de dar continuidad al espíritu libertario que presidió aquella gesta señera, épica e impeccedera.

J. BORRAZ

Realidades julianas

MILAGROS A MAQUINA

CADA pueblo, cada aldea de España tiene su propia historia revolucionaria, social o socialista bañada generalmente con la sangre de sus hijos, surcada de indelebles trazos, de hechos que merecen ejemplar recuerdo en esta fecha probablemente jamás igualada por los movimientos de oposición a las corrientes retardatarias que tienen su más genuina expresión en la iniquidad del ancestral reaccionarismo cavernario, puesto en evidencia el 19 de Julio.

La tiranía fascista que se nos quiso imponer por la conjunción monstruosa del internacionalismo monacal y capitalista, tiene a los accionistas bancarios y al Estado como base de su estructura agresiva y al Ejército y la Iglesia como principales factores de su sostenimiento. Es fácil suponer en estas condiciones, que el salto largamente premeditado que se llevó a efecto contra el pueblo, provocó desde el primer instante sus iras justificadísimas frente a los representantes de aquellas sacrosantas instituciones. Así, puede decirse sin temor a ninguna duda que la respuesta popular fué en todas partes y sin excepción encauzada hacia los bastiones en que se camuflaban traidoramente para apuñalarnos por la espalda, haciendo uso de las armas que el país había confiado, los militares, curas y curullas de toda laya que a través de los siglos escarnecen a España. El instinto de legítima defensa el de conservación, la obsesión dominante de airear todo, de ventilar las pestilentes covachuelas en que se fraguaban las conspiraciones y se fabricaban los milagros, hizo que este sufrido pueblo decidiera penetrar hasta las más profundas entrañas de aquellos recintos castrenses y eclesiásticos.

Como todos los lugares dominados por las fuerzas antifascistas, Batares, pueblecillo de Almería situado en las inmediaciones de la montaña que le dá su nombre, a dos mil metros sobre el nivel del mar, punto de coincidencia de los vértices triangulares en que se descompone la carta topográfica del mediodía de España; Batares, decimos, célebre por esta particularidad orográfica sino que lo es más aún para las gentes de sotana, fraulucos y beatos, porque allí se encuentra la capilla en que Cristo llora por todos los pecadores de este miserable mundillo.

El Cristo de Batares es conocido a mil leguas a la redonda y por casi toda la cristiandad, porque efectivamente llora, salpicando con sus benditas lágrimas el santo lugar en que se halla crucificado; y es tal su fama que hasta del extranjero, de Italia, de Francia en particular se des-

plazan frecuentemente numerosos peregrinos que van a rogar al Cristo lacrimoso por la salvación de sus almas, naturalmente a la justa medida de las muchas culpas que generalmente oscurecen sus conciencias. Y allá postrados de hinojos ante la imagen venerada admiran llenos de humilde emoción el portentoso milagro que les asegurará indudablemente una amnistía total cuando hayan de comparecer «como cada quisque» ante el tribunal implacable que nos debe pasar a todos por la clásica balanza del último juicio.

Y he aquí que el 19 de julio, el pueblo de Batares, sus hijos eternamente explotados y en su mayor parte sumidos en la esclavitud de la ignorancia y el analfabetismo, deciden penetrar en la santa capilla para averiguar por qué clase de fenómeno sobrenatural, aquella imagen de madera crucificada en una cruz también de madera, lloraba.

Grande fué el asombro de todos los hombres y mujeres de aquel pueblo que allí se encontraba, pues el Cristo, sin duda alguna contrariado por la airada actitud de los batareses y para que el gran magistrado que a todos debe juzgarnos, pronunciase su fallo inapelable con el máximo rigor, dejó de verter sus divinas lágrimas.

Tal era la costumbre de ver llorar al santo durante todos los días del año, que el pueblo temeroso no se decidía a esclarecer el motivo de aquel enfadoso cambio sobrevenido «probablemente a causa de la rebelión popular contra sus señores, gravísimo pecado que no podía ser perdonado»; al menos ésto fué lo que les aseguró el curulla.

Pero como en todos los lugares de España había y habrá para honra nuestra, hombres decididos, trabajadores conscientes, obreros en fin de movimiento confederal y libertario, se destacó uno de ellos dirigiéndose hacia el lugar en que se encontraba la milagrosa. El compañero aludido, que me relataba el suceso días después en la capital de España, encontró perfectamente disimulado en el dorso de nuestro doloroso y compungido Cristo, un mecanismo de relojería que

NOSTALGIA DE PRETERITO

CUANDO el 19 de Julio del 36 la reacción militarista y clerical quiso con su ofensiva dar la batalla a las instituciones políticas de la España republicana, no contaba con la probable y decidida defensa que el pueblo estaba dispuesto a emprender en pro de sus derechos. Ofensiva que iba certera al corazón de los avances de carácter social que las clases trabajadoras estaban dispuestas a consolidar.

El apaciguamiento de la república, contribuyó en gran manera, por otra parte, a hacer posible la sublevación militar. No se ignoraba nada de cuanto tramaban los reaccionarios. Y no constituye suposición descabellada que algunos de los gobernantes no habrían visto con malos ojos el triunfo del francofalangismo, con tal de librarse del peligro que los avances de la clase trabajadora iba realizando, y que amenazaban absurdos privilegios.

Mucha sangre costó contener a los facciosos en los lugares donde el pueblo supo arremeter y hacerse fuerte contra ellos. Pero al mismo tiempo, el triunfo del pueblo señaló los alcances a que estaba dispuesto a llegar con su acometida y con su bravura.

Indudablemente, los primeros momentos de confusión se distinguieron por una euforia y una acometividad dignas de la causa que el pueblo se veía forzado a defender. El pueblo en armas era el que guardaba «el orden» y la normalidad. Entiéndase la normalidad revolucionaria.

Nosotros, los hombres de la C.N.T. y del anarquismo, teníamos puesta la mirada en puntos muy equidistantes de los que acreditaban a los políticos de toda laya. Mientras nosotros clamábamos por una justicia social y humana para todos, los eternos pecadores a río revuelto — si bien con marcada discreción y al oído del amigo de confianza — ya no se conformaban con los derroteros por los cuales discurría la actividad revolucionaria del pueblo trabajador.

Nosotros no perdíamos de vista los hechos anteriores de carácter internacional, ni los que la historia de nuestro país nos recordaba con frecuencia y martilleando serena y tenzamente en nuestro cerebro. Y creíamos en la tradicional premisa de que una revolución

sea del orden que sea, ha de ser salvaguardada de sus enemigos mediante la permanencia del pueblo en armas, al mismo tiempo que los centros de producción van prodigando su marcha normal para garantizar la vida social y material de un pueblo.

En este sentido, pudimos mantenernos durante un limitado tiempo. Pero la ofensiva franquista, que amenazaba nuestras conquistas en caso de triunfar en los frentes de guerra, distrajo parcialmente nuestras miras principales y la distracción nos sorprendió con la «genial» idea de la creación del «ejército popular» de manufactura puramente totalitaria.

Generosos hasta con nuestros adversarios más cercanos, cedimos con leves protestas de integridad ideológica, y los aviesos propósitos de nuestros adversarios abrieron brecha en nuestra rigidez y en nuestra unidad de propósitos, cambiando el tono que dábamos al deseo de ganar la revolución por el de «primero ganar la guerra». Error fatal el nuestro. No obstante, no pretendemos sacar punta a un lapicero de hierro. Sabemos de sobra que el propósito fué honrado. Pero ello no minimiza el error. Y es por ello que queremos afirmar que la visión falló. La perspectiva nos deslumbró. El adversario es siempre exigente en relación al grado de resistencia del contrincante contra quien combate. Y el ataque por sorpresa, que lo mismo puede tomar la forma de conversación amigable y la polémica cordial que de ruda batalla o hábil emboscada, son medios de que se vale siempre el más astuto y el más inteligente para confundir al más bueno. Nosotros íbamos a realizar el bien del pueblo. No calculábamos que nuestra calidad de revolucionarios y de elementos constructores a la vez de una sociedad nueva, al tiempo que nos defendíamos del atacante criminal, constituía una amenaza para el no totalmente abatido imperio de la injusticia. Y que nuestras realizaciones estaban siendo vigiladas y discretamente saboteadas por un derrotismo camuflado entre las filas de los «combatientes a la altura».

¿Ir a por el todo? ¿Una solución extrema que podía poner en entredicho nuestras básicas y humanas aspiraciones de libertad? ¿La adopción de medios que pusieran al margen a los núcleos minoritarios, convirtiéndolos de hecho y por lo mismo en contrarrevolucionarios?

No. De ninguna manera. Nuestro clásico concepto quedó olvidado por la euforia del problemático triunfo colectivo sobre el atacante criminal. Trabajar en el taller y en la fabrica, laborar en todos los lugares donde era necesario mantener el ritmo de producción para asegurar las necesidades del frente y de la retaguardia, siempre atentos y con el fusil al lado de la herramienta productiva, había sido anteriormente nuestra divisa. Decíamos, y estábamos convencidos de que era el acertado medio, que Taller y Fusil habían de estar alerta en estado permanente. Y convertidos en combatientes de la paz y de la guerra asegurábamos las tareas de impedir las desviaciones contra las aspiraciones de nuestro pueblo. Disponíamos de personal para todo ello, si racionalmente se sabía aprovechar.

Todo ello, nos habría permitido mantener nuestra interior moral, nuestra cohesión, y dar el ejemplo de que en la revolución se trabajaba para todos y no para una sola clase o partido, ya que estos últimos saben muy bien aprovechar el momento psicológico para dar por terminados el primero, segundo y tercer actos de la gran obra colectiva y transformadora que el pueblo realiza de cara al bien común.

Nosotros no podíamos implantar una situación dictatorial. Una dictadura confederal o anarquista no podía derivar por otras cauces que por los que deriva todo sistema de fuerza, llámese como se llame.

No se trata, pues, de esto. Debía haberse dado la sensación en su oportunidad de tiempo, el indispensable para ello, de que cualquiera norma que extraviara el camino iniciado, habría de topar con la irreducible, inquebrantable, resistencia de los que más carne habían puesto en el asador, por ser los que expresaban una mayor garantía de libertad y de justicia social. Y este sector revolucionario lo constituían, ostentando refrendo popular, la C.N.T. y el anarquismo.

Y es posible que acelerando un poco más el ritmo de eliminación inicial de los obstáculos tradicionales a todo avance social, habríamos evitado también el retardo en la afirmación definitiva de las conquistas revolucionarias.

FONTAURA.

H. PLAJA

LA DESCONOCIDA REVOLUCION

(Viene de la página 8.)

cepciones románticas en el pecho de las gentes. Por todo ello es de comprender que las concepciones de nuestra idealidad han de ser suministradas, por así decir, en compridos. Captar la ocasión propicia con el lenguaje adecuado. No hacerlo así es tanto como empeñarse en arrostrar el fracaso.

La Revolución del 1936 puede darse a conocer un poco por todas partes. Ahora que no abundan los compañeros que como Lapeyre, en Francia; Fedell, en Italia; Hem Day, en Bélgica, sientan en la propia entraña el valor de lo vivido en España en meses de febril agitación, de guerra y revolución a la par.

SIGNIFICACION Y PROYECCIONES DEL 19 DE JULIO

El Secretariado Intercontinental de la C.N.T. de España en el Exilio, en esta fecha memorable e histórica de la gesta heroica del Pueblo español expresa su recuerdo emocionado por los centenares de miles de víctimas que dieron su vida en holocausto de la Libertad.

Saludamos a los anónimos luchadores supervivientes de la gran masacre franco-falangista que, fuera y dentro de la inmensa prisión que es la España actual, siguen combatiendo sin desmayo por que triunfen las libertades cívicas más elementales, y con ellas el derecho a la libre determinación del pueblo en busca de un sistema de convivencia verdadero, dentro del cual todos los españoles de buena voluntad puedan vivir honesta y decentemente, defendiendo en buena lid sus aspiraciones ideológicas de superación y emancipación humana.

Insistimos en llamar a todos los antifascistas sinceros al cumplimiento de su deber para con los antifascistas — sus hermanos — que en España sufren hambre de pan y libertad y reclaman sin cesar la solidaridad de los que, más afortunados que ellos, aun nos es permitido evocar el pasado y trabajar por el porvenir abiertamente, libres del temor y la amenaza del esbirro, convertido en instrumento de tortura al servicio de la omnipotencia clerigo-militar que tiraniza a los españoles.

Reafirmamos ante todos, propios y extraños, que la militancia confederal continúa su línea de combate, dispuesta a acentuar su esfuerzo hasta el límite máximo de su capacidad porque el Pueblo español se vea liberado de la ignominiosa dictadura que impide la plena expansión de su iniciativa y de su capacidad para vivir en pleno concierto y armonía con los pueblos evolucionados del mundo.

Significa la gesta que hoy conmemoramos la eclosión de un pueblo que, en pleno desarrollo de su evolución hacia un sistema liberal, con objetivos sociales amplios y esencialmente humanistas, se opuso ferozmente a las fuerzas reaccionarias internas, decididamente apoyadas por el fascismo internacional. El fascismo consideró que España sería el campo inicial para su conquista del mundo, que los españoles seríamos sus víctimas primeras y sobre las cuales sus experiencias de exterminio debían ejercer un ejemplo eficaz con el cual someterían al mundo por el terror más sanguinario y cruel que la historia había conocido.

¿Hasta qué punto el fascismo alcanzó sus objetivos en España? Dejemos a los historiadores imparciales el cuidado de definirlo. Lo que está probado es que la tenaz resistencia del pueblo español infligió la primera derrota al fascismo internacional; que esta derrota, esta resistencia de más de dos años y medio, lo inmovilizó en tierras de España y posibilitó que el confiado mundo libre midiera en su justo alcance las bárbaras aspiraciones de una nueva forma de imperialismo político-económico, con su secuela de eliminaciones físicas, morales e intelectuales, con la supresión brutal de todo aquello que permitía una evolución abierta a sistemas de convivencia más acordes con el progreso técnico y científico del mundo moderno.

De cómo los países libres respondieron a la guerra fascista declarada en España nos habla eloquentemente la tristemente célebre no-intervención. Asimismo nos habla de la carencia del mundo libre para, sacando las enseñanzas que se imponían, prepararse a combatirlo siguiendo el ejemplo sangrante que el Pueblo español les ofrecía. Moral y psicológicamente el fascismo ganó su primera batalla en España, pues no conformes con aceptar el chantaje de la no-intervención aun se hicieron concesiones substanciales en otros países, como preludio de la guerra general que más tarde hubieron de aceptar y sufrir con todas las consecuencias conocidas, durante los años que siguieron al sacrificio del pueblo español.

HOY, VEINTE Y TRES AÑOS después de la iniciación de la tragedia y CATORCE del fin de los regímenes fascistas nacionales, aun permanece viva y palpitante la primera victoria internacional del fascismo. Aun España sufre las consecuencias de la pasividad, la cobardía o la indiferencia del mundo libre. Lo que debía constituir la vergüenza de un pasado indigno es, al contrario, apoyado y estimulado por los que fueron víctimas directas de la guerra que empezó en España. La primera expresión victoriosa del fascismo internacional aun impera en España. Y la significación del 19 de Julio de 1936 aparece a los ojos del mundo como la continuidad de una amenaza permanente a las libertades humanas, tan caramente pagadas; como una imagen viva y bruta y una advertencia formal a los hombres realmente libres.

El fascismo no ha muerto. Vive... y en España, en esa tierra predilecta cuyo Pueblo fué el solo que abierta y efectivamente combatió sin más armas que su coraje y su pasión por defender su Libertad y la del mundo.

VEINTE Y TRES AÑOS después, ese pueblo de quijotes, aun vive y pugna porque la justicia social sea la realidad de mañana. Su realidad y la de todos los oprimidos del universo. Y una parte importante de ese Pueblo es el Movimiento Libertario, de donde nació y con el cual continúa completamente confundido. Y nuestra acción de ayer y de siempre seguirá confundida con los intereses reales de nuestro Pueblo, lo que significa una decisión inquebrantable de continuidad por la conquista de los objetivos que refrendó el Pueblo en armas el día 19 de julio de 1936. Aquellos objetivos constituyen una proyección tan profunda que nada ni nadie podrá borrar. El tiempo pasa imperturbablemente y, si aparentemente se asemejan, él trabaja para el porvenir. Los hombres pasan. Mueren ideológicamente los que abandonan los principios que antaño fueron su razón de vida; mueren también los que hasta el fin de su existencia fueron fieles a sus convicciones de siempre, pero las ideas siguen imperecederas y fuertes, cada día más fuertes, porque el tiempo y la experiencia las afirman cada día como más justas, como más necesarias para situar al hombre en su verdadero centro de irradiación y en el solo camino que le conducirá a su liberación integral.

¡Antifascistas españoles! Tenéis razón hoy como ayer. La causa por la cual combatimos, con las armas en la mano, hace VEINTE Y TRES AÑOS continúa siendo tan viva y justa como entonces y nuestra liberación como Pueblo se acerca a pasos agigantados. No desmayar, permanecer atentos y dispuestos a la lucha final es nuestro deber insoslayable ante nuestros hermanos que sufren y que esperan el momento para lanzarse a la reconquista de su libertad.

¡Hombres de la C.N.T., del Movimiento Libertario español en exilio! Hoy más que nunca se hace necesaria nuestra proverbial solidaridad con el Pueblo que sufre, con nuestro Pueblo, y nuestra disposición para integrarnos al mismo, en la medida que la exigencia del momento imponen. Estar presentes en el momento oportuno significa estar preparados desde ahora mismo a cumplir con nuestro deber.

EL SECRETARIADO INTERCONTINENTAL DE LA C.N.T. DE ESPAÑA EN EL EXILIO.

Toulouse, 19 de julio de 1959.

GRAN MITIN EN MARSELLA

El domingo 26 de julio, a las 10 de la mañana, en el Cine Róxy, 30, rue Tapis-Vert, organizado por la Comisión de Relaciones del Núcleo de Provenza y por el Comité Regional de Juventudes Libertarias, tendrá lugar un gran mitin en conmemoración de las gloriosas jornadas de julio de 1936. Tomarán parte los siguientes oradores:

CRISTOBAL PARRA
Por la F.I.J.L.

JOSE PEIRATS
Por la Comisión de Relaciones de Provenza

ROQUE SANTAMARIA
Secretario general de la C.N.T. de España en Exilio

DIAGRAMA

Reflexiones en torno al 19 de JULIO

El drama y la gloria del 19 de Julio es el choque de la teoría con la realidad en los problemas sociales de una nación. La sacudida reaccionaria que ya se intuía cimbraba una república inestable y vacilante. La Confederación Nacional del Trabajo esperaba, tensa, los acontecimientos.

Era algo más que la probable caída de unas instituciones ambiguas; era el porvenir de un pueblo al cual la C.N.T. pertenecía. Y esa organización anarco-sindicalista, formada por una mayoría de autodidactas propicios al estudio de las cuestiones humanas, en detrimento de las divinas, confrontaba un problema, el cual surgió el mismo 19 de julio.

Junto con la dialéctica de las pistolas — elocuentes en manos de un pueblo — surgía la posibilidad de trocar en posible lo que los textos doctrinarios nos habían dicho; lo que habíamos digerido — bien que mal — en artículos, conferencias y ensayos. Desconfiando por naturaleza del sector profesional, la C.N.T. aparecía desguarnecida de técnicos. Los hombres de carrera de formación conservadora — en su mayoría desde la cuna — y salvo honrosas excepciones — aparecían como gente de poca confianza. Sus aspiraciones llegaban al republicanismo y a lo sumo, al socialismo.

El anarcosindicalismo era, para la mayoría de ingenieros, médicos y arquitectos, un peligroso tóxico trocado en realidad en la costra insuñada de Iberia, que rebasaba las prudentes esperanzas liberales de algunos de ellos. Entrar en ella era cruzar un Rubicón peligroso. ¡Y, a fe que tuvieron razón! Algunos, cuyo altruismo y nobleza, cuya comprensión sin límites, fué el mismo inspirador, pagaron bien cara su determinación, al entrar en el martirio confederal, sin compensación alguna.

Por nuestra parte estábamos — en grandes segmentos — dominados por un sentido clasista, propio de la aguda picardía española, pero que nos hizo mucho daño con el correr del tiempo. Tanto, que estamos tentados de afirmar que, muchas de las ambiguas posiciones que algunos de los sectores confederales sostienen, parten de esa trágica destrucción en el organismo confederal.

Nos salvó algo muy singular y muy íbero. En efecto, pese a nuestro intrínseco individualismo, pocas — ninguna quizá — organizaciones hubo en el mundo como la C.N.T. en cuanto a sentido de responsabilidad. Quien quedó noblemente impregnado de su mística de sacrificio, siempre fué hombre de fiar en momento determinado.

Así, llegamos a enfrentarnos con una pregunta concreta: En los acontecimientos que alborazan el 19 de Julio, ¿fallamos en lo económico?, ¿en lo social? No, definitivamente, no. Fallaron las circunstancias y quizás un sentido práctico acentuado. Las colectividades no fueron creación del odio de una clase explotada hacia sus explotadores; fué un anhelo de libre producción planeada para coadyuvar a resolver los problemas inherentes a una revolución y, posteriormente, ser la base de las federaciones agrarias y de industria, pie de una cooperación interregional que diera lugar a una libre comunidad de productores. Trabajaron nerviosa de una economía nacional, planeada libertariamente.

Donde fallamos fué en lo político y en lo militar, es decir, en lo que no correspondía a la esencia íntima de la Confederación. Ello no quiere decir que nuestros hombres en los puestos políticos o militares no respondieran al imperativo de la hora: destruir, si posible fuera, a la bestia fascista. Lo que sucedió es, sencillamente, que carecíamos de contenido castrense o político. Si, guerreros, respondíamos mejor a la tradición española de las guerrillas; si, políticos, estábamos mejor encuadrados en nuestro comité, en nuestro sindicato. Construimos para pensar desde la base, mal podíamos avenirnos a consignas de las alturas. Hubo fallas humanas; las alturas dan vértigos y el caudillaje es maderamen endeble para la humildad democrática, nuestra escuela más cara.

En aquellas fechas inolvidables: Aragón, Valencia, Cataluña, Andalucía y el Centro, junto con Asturias

y Euzkadi, vivieron horas de efusión constructiva. Es lógico que la falta de experiencia hiciera fallar, en determinadas ocasiones, el material humano. Hubo, incluso, estúpidos exclusivismos; celos entre producción y administración; envidias por los rangos militares o políticos. En fin, gestiones broncas y desiguales de toda laya.

Fuerza es confesarlo, al tiempo que invitamos a todas las organizaciones revolucionarias de todos los países que han actuado en convulsiones comparables con la ibérica del 36-39 nos digan si quedaron limpias de polvo y paja.

Pero sobre los lodos de la violencia y de la incompreensión queda una causa de abnegación seguida de un denuedo, a veces sobrehumano, por conseguir metas. Véase el Pleno Económico de Valencia del 38 y tantas y tantas planeaciones que, de vivir, a Costa hubieran cubierto de satisfacción. Y, ¿por qué no decirlo?

también a Proudhon y Bakunín que unían a un raro sentido político un valor intrínsecamente revolucionario.

A veinte años de distancia del final de la terrible e inolvidable contienda; a veintitrés del estallido inmortal del 19 de Julio de 1936 debemos convenir en que la C.N.T. hizo cosas grandes; puso lo mejor de su sangre y su cerebro y todo su corazón, en una empresa, no por precipitada menos trascendente. En otro lugar podríamos citar cifras y hechos lo más cercanos que fuera posible a la realidad, pero, por el momento, nos interesa destacar ante el juicio de la historia que los hombres de la C.N.T. están con la conciencia tranquila. La C.N.T. sigue siendo una organización en pos del porvenir por hechos pasados y por suceder. La juventud española debe saberlo y debe constar por tradición oral y escrita. Ante confabulaciones de toda laya, cabildos de mal gusto, nuestra decisión de enfrentarnos a la bestia franquista que sigue usurpando el territorio de nuestros anhelos, de nuestros sueños, de nuestras realidades.

Adolfo HERNANDEZ

LA DESCONOCIDA REVOLUCION

DECÍAME, hace algún tiempo, uno de los compañeros que en el período revolucionario del 1936 desarrolló, en España, una intensa actividad, que, después de lo que se ha dicho ya sobre lo acontecido entonces, ya no cabe decir nada más que en verdad merezca conocerse. Según él, está ya todo hartó conocido. Traté de convencerle de mi opinión francamente disconforme con la suya.

Evidentemente, se ha escrito mucho en relación con lo que se llevó a cabo entonces; al respecto de lo que representa en la Historia Social la etapa del 1936. Se han editado libros, se han dado a conocer folletos; se ha abundado en comentarios en artículos periodísticos, en ensayos de revista. Se han tratado, sino todos los aspectos de aquella revolución, por lo menos buena cantidad de ellos. Mas, todo ello no es óbice para que, tomando la conocida definición de Volín con referencia a la Revolución rusa, «revolución desconocida», podamos también tildar igual a la de España.

Para cuantos fueron o fuimos testigos de lo acontecido en España; para cuantos fuimos, en uno o en otro aspecto, con más o menos intensidad, y relieve, actores en el drama social de aquel entonces, para siempre guardaremos recuerdo de lo vivido para siempre habrá de manifestarse en nuestro fuero interno el poder de vocación, presto a citar hechos, acontecimientos, así como la repercusión que entonces tuvieron o dejaron de tener. Para nosotros aquella etapa nos ofrece caudal de argumentos que evidencian para propios y extraños, la posibilidad, el valor comprobado de concepciones tildadas de utópicas. Es para el militante, para todo el que se toma en serio el ideal, una cantera de argumentos, de pruebas contundentes en favor de los postulados que se propagan y se han venido propagando. También — ¡todo debe decirse! — nos ofrece enseñanzas elocuentes al respecto de lo que fueron errores, que importa tratar de evitar en lo sucesivo.

Mas, independientemente de cuantos vivimos aquellas jornadas históricas; independientemente de la exigua minoría internacional cuyo pecho vibró casi al unísono que el nuestro, anhelando el triunfo, ¿qué saben de aquello la mayoría de las gentes? Los exilados que vivimos en Francia podemos fácilmente constatar un hecho: Se puede preguntar a franceses, manuales o intelectuales, llegados a la cincuentena, y que entonces, en el 1936, estaban, por supuesto en situación de comprender bien las cosas, cuál es su opinión referente a lo que sucedió en España. Lo corriente es que den una idea vaga, diciendo que aquello fué una «guerra civil». En cuanto a las nue-

por FONTAURA

vas generaciones, la casi totalidad no sabe nada. ¡Y se trata de un país vecino! Es un país en donde se podría conocer, con bastante precisión de detalles la realidad que allí se vivió. ¡No hay tal cosa! Pues, si de Francia pasamos a los demás países de Europa el desconocimiento es de comprender que ha de abarcar una más amplia proporción. ¡Y no digamos fuera de Europa! Es cierto que, por parte de elementos afines o simpatizantes, se ha tratado, acá o acullá de explicar las características sociales que brotan del 19 de julio de 1936. Pero todo ello es muy exiguo.

Y ciñéndonos ahora a nuestro propio país: ¿qué saben los jóvenes de hoy de lo que aquello representó? Si tenemos en cuenta que el fascismo ha cuidado de mantener una orquestada propaganda presentándonos, con machacona perseverancia a los «rojos» con los tonos más siniestros, acusándonos de los hechos más vandálicos; habida cuenta que no se ha podido responder como hubiera hecho falta al cúmulo de imbecilidades difundidas por aquellas gentes, ¿qué cabe suponer de la mentalidad juvenil vis a vis de lo que fué la realidad? Menos mal que la propaganda fascista suele ser muchas veces tan burda y grosera que pronto se nota la hilaza; y cualquiera, sin ser un lince, se percata de la retahíla de absurdos que quieren presentar como oro de ley. Menos mal que, como bocanadas de aire nuevo, entran en el país, por uno u otro conducto, referencias de las libertades cívicas existentes en otras partes. Pero, en suma, y en torno al caso que nos ocupa, se tiene una idea, hartó limitada de lo que fué gesta formidable en la marcha de la humana emancipación.

Lo que se denomina el «gran público» es poco dado al estudio detenido de las cosas. Busca, a lo sumo, la referencia condensada. De ahí que los «digests» estén tan en boga. Actualmente la vida de la mayoría de las gentes transcurre a un ritmo acelerado. Además hace estragos por doquier el acomodamiento, la trivialidad, la vida banal, la despreocupación vis a vis de las cosas de orden moral, la ausencia de con-

(Pasa a la página 7.)